

The background of the cover is a classical painting. It depicts a man in a white toga, seen from behind, standing on a stone ledge. He is looking out over a vast landscape that includes a body of water, distant mountains, and a small town. Two large, fluted columns stand on either side of the man, framing the view. The sky is a warm, golden-yellow color. At the top of the cover, there are decorative golden elements resembling wings or stylized foliage.

Paul Valéry

Eupalinos o el
Arquitecto

E LEJANDRIA

The background of the cover is a classical painting. It depicts a man in a white toga, seen from behind, standing on a stone ledge. He is looking out over a vast landscape that includes a body of water, distant mountains, and a small town. Two large, fluted columns stand on either side of the man, framing the view. Above the columns, there is a faint, golden emblem of a bird with spread wings. The overall color palette is warm, with yellows, oranges, and muted greens.

Paul Valéry

Eupalinos o el
Arquitecto

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EUPALINOS O EL ARQUITECTO

PAUL VALÉRY

PUBLICADO: 1921

FUENTE: [HTTPS://FR.WIKISOURCE.ORG](https://fr.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: ÉDITIONS DU SAGITAIRE, PARIS,
1931**

EUPALINOS O EL ARQUITECTO

Fedro

¿Qué haces aquí, Sócrates? Hace tiempo que te busco. He recorrido nuestra pálida morada, te he preguntado por todas partes. Todo el mundo te conoce aquí, y nadie te había visto. ¿Por qué te has alejado de las demás sombras, y qué pensamiento ha recogido tu alma, apartada de las nuestras, en los confines de este reino transparente?

Sócrates

Espera. No puedo responderte. Sabes bien que la reflexión en los muertos es indivisible. Estamos demasiado simplificados ahora para no seguir hasta el fin el movimiento de alguna idea. Los vivos tienen un cuerpo que les permite salir del conocimiento y volver a él. Están hechos de una casa y de una abeja.

Fedro

Maravilloso Sócrates, me callo.

Sócrates

Te agradezco tu silencio. Guardándolo, ofreciste a los dioses y a mi pensamiento el sacrificio más duro. Has consumido tu curiosidad, e inmolado tu impaciencia a mi alma. Habla ahora libremente, y si algún deseo te queda de interrogarme, estoy dispuesto a responder, habiendo acabado de cuestionarme y de responderme a mí mismo.

— Pero es raro que una pregunta reprimida no se haya devorado a sí misma en el instante.

Fedro

¿Por qué, pues, ese exilio? ¿Qué haces, apartado de todos nosotros? Alcibíades, Zenón, Menéxeno, Lisis, todos nuestros amigos se asombran de no verte. Hablan sin rumbo, y sus sombras zumban.

Sócrates

Mira y escucha.

Fedro

No oigo nada. No veo gran cosa.

Sócrates

Puede que no estés suficientemente muerto. Aquí está el límite de nuestro dominio. Ante ti corre un río.

Fedro

¡Ay! ¡Pobre Iliso!

Sócrates

Este es el río del Tiempo. No devuelve a la orilla sino las almas; todo lo demás lo arrastra sin esfuerzo.

Fedro

Empiezo a ver algo. Pero no distingo nada. Todo lo que fluye y deriva, mis ojos lo siguen un instante y lo pierden sin haberlo separado... Si no estuviera muerto, ese movimiento me daría náuseas, tan triste e irresistible es. O bien me vería obligado a imitarlo, a la manera de los cuerpos humanos: me quedaría dormido para fluir también.

Sócrates

Ese gran flujo, sin embargo, está hecho de todas las cosas que conociste, o que habrías podido conocer. Esa extensión inmensa y

accidentada, que se precipita sin tregua, arrastra hacia la nada todos los colores. Mira qué apagada es en conjunto.

Fedro

Creo a cada instante que voy a discernir alguna forma, pero lo que creí ver no consigue despertar la menor semejanza en mi espíritu.

Sócrates

Es que asistes al fluir verdadero de los seres, tú inmóvil en la muerte. Vemos, desde esta orilla tan pura, todas las cosas humanas y las formas naturales moviéndose según la velocidad verdadera de su esencia. Somos como el soñador en cuyo seno las figuras y los pensamientos, extrañamente alterados por su huida, los seres se componen con sus cambios. Aquí todo es desdeñable, y sin embargo todo cuenta. Los crímenes engendran inmensos beneficios, y las más grandes virtudes desarrollan consecuencias funestas: el juicio no se fija en ningún punto, la idea se hace sensación bajo la mirada, y cada hombre arrastra tras de sí un encadenamiento de monstruos que está hecho inextricablemente de sus actos y de las formas sucesivas de su cuerpo. Pienso en la presencia y en los hábitos de los mortales en este curso tan fluido, y en que fui uno de ellos, buscando ver todas las cosas tal como las veo precisamente ahora. Yo situaba la Sabiduría en la postura eterna en que nos encontramos. Pero desde aquí todo es irreconocible. La verdad está ante nosotros, y ya no comprendemos nada.

Fedro

Pero ¿de dónde puede venir, oh Sócrates, ese gusto por lo eterno que se advierte a veces en los vivos? Tú perseguías el conocimiento. Los más toscos intentan preservar desesperadamente hasta los cadáveres de los muertos. Otros construyen templos y tumbas que se esfuerzan por hacer indestructibles. Los más sabios y mejor inspirados de los hombres quieren dar a sus pensamientos una armonía y una cadencia que los defiendan de las alteraciones y del olvido.

Sócrates

¡Locura! Oh Fedro; lo ves claramente. Pero los destinos han dispuesto que, entre las cosas indispensables a la raza humana, figuren necesariamente algunos deseos insensatos. No habría hombres sin el amor. Ni la ciencia existiría sin absurdas ambiciones. ¿Y de dónde crees que hemos sacado la primera idea y la energía de esos inmensos esfuerzos que han levantado tantas ciudades muy ilustres y monumentos inútiles, que la razón admira habiendo sido incapaz de concebirlos?

Fedro

Pero la razón, sin embargo, tuvo alguna parte en ello. Todo, sin ella, estaría por el suelo.

Sócrates

Todo.

Fedro

¿Recuerdas aquellas construcciones que vimos hacer en el Pireo?

Sócrates

Sí.

Fedro

¿Aquellos ingenios, aquellos esfuerzos, aquellas flautas que los templaban con su música; aquellas operaciones tan exactas, aquellos progresos a la vez tan misteriosos y tan claros? ¡Qué confusión, al principio, que parecía fundirse en el orden! ¡Qué solidez, qué rigor nacieron entre esos hilos que daban las plumadas, y a lo largo de esas frágiles cuerdas tendidas para ser rozadas por el crecimiento de las hiladas de ladrillos!

Sócrates

Guardo ese hermoso recuerdo. ¡Oh materiales! ¡Hermosas piedras!... ¡Oh qué ligeros nos hemos vuelto!

Fedro

¿Y aquel templo extramuros, junto al altar de Bóreas, lo recuerdas?

Sócrates

¿El de Artemisa la Cazadora?

Fedro

Ese mismo. Un día pasamos por allí. Hablamos de la Belleza...

Sócrates

¡Ay!

Fedro

Yo era amigo del que construyó ese templo. Era de Mégara y se llamaba Eupalinos. Me hablaba de buen grado de su arte, de todos los cuidados y de todos los conocimientos que requiere; me hacía comprender todo lo que veía con él en la obra. Veía sobre todo su asombrosa inteligencia. Le encontraba el poder de Orfeo. Predecía su porvenir monumental a los informes montones de piedras y de vigas que yacían a nuestro alrededor; y esos materiales, a su voz, parecían consagrados al lugar único que los destinos favorables a la diosa les habrían asignado. ¡Qué maravilla sus discursos a los obreros! En ellos no quedaba huella alguna de sus difíciles meditaciones nocturnas. No les daba más que órdenes y números.

Sócrates

Es la misma manera de Dios.

Fedro

Sus palabras y sus actos encajaban tan felizmente que se habría dicho que esos hombres no eran más que sus miembros. No sabrías creer, Sócrates, qué alegría era para mi alma conocer una cosa tan bien ordenada. Ya no separo la idea de un templo de la de su edificación. Al ver uno, veo una acción admirable, más gloriosa aún que una victoria y más contraria a la miserable naturaleza. Destruirlo y construirlo son iguales en importancia, y hacen falta almas para lo

uno y para lo otro; pero construirlo es lo que más quiere mi espíritu.
¡Oh dichosísimo Eupalinos!

Sócrates

¡Qué entusiasmo el de una sombra por un fantasma! — No conocí a ese Eupalinos. ¿Era, pues, un gran hombre? Veo que se elevaba al conocimiento supremo de su arte. ¿Está aquí?

Fedro

Sin duda está entre nosotros; pero nunca lo he encontrado aún en este país.

Sócrates

No sé qué podría construir aquí. Aquí, hasta los proyectos son recuerdos. Pero reducidos como estamos a los únicos placeres de la conversación, me gustaría bastante escucharlo.

Fedro

He retenido algunos de sus preceptos. No sé si te agradarían. A mí me encantan.

Sócrates

¿Puedes repetirme alguno?

Fedro

Escucha, pues. Decía muy a menudo: *No hay detalles en la ejecución.*

Sócrates

Lo comprendo y no lo comprendo. Comprendo algo, y no estoy seguro de que sea precisamente lo que él quería decir.

Fedro

Y yo estoy cierto de que tu espíritu sutil no ha dejado de captarlo bien. En un alma tan clara y tan completa como la tuya, ha de ocurrir que una máxima de práctico tome una fuerza y una extensión del todo nuevas. Si es verdaderamente nítida, y sacada

inmediatamente del trabajo por un breve acto del espíritu que resume su experiencia, sin darse tiempo a divagar, es una materia preciosa para el filósofo; ¡es un lingote de oro en bruto que te entrego, orfebre!

Sócrates

¡Fui orfebre de mis cadenas! — Pero consideremos ese precepto. La eternidad de aquí nos invita a no ser parcos de palabras. Esta duración infinita debe, o no ser, o contener todos los discursos posibles, los verdaderos como los falsos. Puedo, pues, hablar sin ningún temor de equivocarme, pues si me equivoco, diré verdad dentro de un momento, y si digo verdad, diré algo falso un poco más tarde.

Oh Fedro, no has dejado de observar en los discursos más importantes, ya se trate de política o de los intereses particulares de los ciudadanos, o en las palabras delicadas que hay que decir a un amante, cuando las circunstancias son decisivas, — has observado sin duda qué peso y qué alcance cobran las más mínimas palabras y los más mínimos silencios que se insertan en ellos. Y yo, que tanto he hablado, con el deseo insaciable de convencer, me he convencido a mí mismo con el tiempo de que los argumentos más graves y las demostraciones mejor conducidas tenían muy poco efecto sin el socorro de esos detalles insignificantes en apariencia; y que, en cambio, razones mediocres, convenientemente suspendidas de palabras llenas de tacto, o doradas como coronas, seducen por largo tiempo los oídos. Esas celestinas están a las puertas del espíritu. Le repiten lo que les place, se lo vuelven a decir a placer, acabando por hacerle creer que oye su propia voz. Lo real de un discurso es, al cabo, esa canción, ese color de una voz, que tratamos equivocadamente como detalles y accidentes.

Fedro

Das un inmenso rodeo, querido Sócrates, pero te veo regresar de tan lejos, con mil ejemplos más, y con todas tus fuerzas dialécticas desplegadas.

Sócrates

Considera también la medicina. El operador más hábil del mundo, que hunde sus dedos industriosos en tu herida, por leves que sean sus manos, por sabias, por clarividentes que sean; por seguro que se sienta de la situación de los órganos y de las venas, de sus relaciones y de sus profundidades; sea cual sea también su certeza de los actos que se propone ejecutar en tu carne, de las cosas que hay que retirar y de las que hay que unir; si por alguna circunstancia de la que no se ha preocupado, un hilo, una aguja que utiliza, una pequeñez que le es útil en su operación, no está exactamente pura, o suficientemente purificada, te mata. He aquí que estás muerto...

Fedro

¡Por suerte la cosa ya está hecha! Y es precisamente la que me ocurrió.

Sócrates

He aquí que estás muerto, te digo, he aquí que estás muerto, curado según todas las reglas; pues satisfechas todas las exigencias del arte y de la oportunidad, el pensamiento contempla su obra con amor. — Pero estás muerto. Un hilo de seda mal preparado ha vuelto asesino al saber; ese mínimo de los detalles ha hecho fracasar la obra de Esculapio y de Atenea.

Fedro

Eupalinos lo sabía bien.

Sócrates

Así ocurre en todos los dominios, con excepción del de los filósofos, cuya gran desgracia es que nunca ven derrumbarse los universos que imaginan, puesto que al fin y al cabo no existen.

Fedro

Eupalinos era el hombre de su precepto. No descuidaba nada. Prescribía cortar tablillas a lo largo de la veta de la madera, para que, interpuestas entre la mampostería y las vigas que se apoyan en

ella, impidieran a la humedad ascender por las fibras, y al ser absorbida, pudrir estas. Tenía parecidas atenciones en todos los puntos sensibles del edificio. Se habría dicho que se trataba de su propio cuerpo. Durante el trabajo de construcción apenas abandonaba la obra. Creo que conocía todas y cada una de sus piedras. Velaba por la precisión de su labra; estudiaba minuciosamente todos esos medios que se han imaginado para evitar que las aristas se mellen y que la limpieza de las juntas se altere. Ordenaba practicar cincelados, reservar molduras, dejar biseles en el mármol de los paramentos. Ponía los más exquisitos cuidados en los enlucidos que hacía aplicar sobre los muros de piedra simple.

Pero todas esas delicadezas ordenadas a la duración del edificio eran poca cosa al precio de las que empleaba cuando elaboraba las emociones y las vibraciones del alma del futuro contemplador de su obra.

Preparaba para la luz un instrumento incomparable, que la difundiera, toda impregnada de formas inteligibles y de propiedades casi musicales, en el espacio por el que se mueven los mortales. Semejante a esos oradores y a esos poetas en los que tú pensabas hace un momento, conocía, oh Sócrates, la virtud misteriosa de las imperceptibles modulaciones. Nadie se percataba, ante una masa delicadamente aligerada, y de apariencia tan simple, de que se lo conducía a una especie de felicidad mediante curvaturas insensibles, mediante inflexiones ínfimas y todopoderosas; y mediante esas profundas combinaciones de lo regular y de lo irregular que había introducido y ocultado, y vuelto tan imperiosas como indefinibles. Hacían que el espectador errante, dócil a su presencia invisible, pasara de visión en visión, y de grandes silencios a los murmullos del placer, a medida que avanzaba, se alejaba, se acercaba de nuevo, y vagaba en el radio de la obra, movido por ella misma, y juguete de la sola admiración. — Es preciso, decía ese hombre de Mégara, que mi templo conmueva a los hombres como los conmueve el objeto amado.

Sócrates

Eso es divino. He escuchado, querido Fedro, una palabra muy semejante, y a la vez muy contraria. Uno de nuestros amigos, que es inútil nombrar, decía de nuestro Alcibíades, cuyo cuerpo estaba tan bien hecho: *¡Al verle, uno se siente volver arquitecto!*... ¡Cómo te compadezco, querido Fedro! Estás aquí mucho más desgraciado que yo mismo. Yo no amaba más que la Verdad; le di mi vida; ahora bien, en estos prados elíseos, aunque todavía dudo de si no hice un trato bastante malo, puedo imaginar siempre que me queda algo por conocer. Busco de buen grado, entre las sombras, la sombra de alguna verdad. Pero tú, a quien la Belleza sola formó los deseos y gobernó los actos, te encuentras aquí enteramente desprovisto. Los cuerpos son recuerdos, las figuras son humo; esta luz tan igual en todos los puntos; tan débil y tan nauseabunda de palidez; esta indiferencia general que ilumina, o más bien que impregna, sin dibujar nada exactamente; estos grupos a medias transparentes que formamos con nuestros fantasmas; estas voces completamente apagadas que nos quedan apenas, y que parecen susurradas en lo espeso de una lana o en la indolencia de una bruma... ¡Debes sufrir, querido Fedro! Pero incluso, no sufrir bastante... Eso mismo nos está vedado, pues sería vivir.

Fedro

Creo a cada instante que voy a sufrir... Pero no me hables, te ruego, de lo que he perdido. Deja mi memoria a solas consigo misma. ¡Déjale su sol y sus estatuas! ¡Oh qué contraste me posee! Hay quizá, para los recuerdos, una especie de segunda muerte que no he sufrido aún. Pero revivo, pero vuelvo a ver los cielos efímeros. ¡Lo más bello no figura en lo eterno!

Sócrates

¿Dónde lo situas, entonces?

Fedro

Nada hermoso es separable de la vida, y la vida es lo que muere.

Sócrates

Eso puede decirse... Pero la mayoría tienen de la Belleza no sé qué noción inmortal.

Fedro

Te diré, Sócrates, que la belleza, según ese Fedro que fui...

Sócrates

¿No está Platón por estos parajes?

Fedro

Hablo contra él.

Sócrates

¡Pues habla!

Fedro

...no reside en ciertos objetos raros, ni siquiera en esos modelos situados fuera de la naturaleza, y contemplados por las almas más nobles como los ejemplares de sus designios y los tipos secretos de sus trabajos; cosas sagradas, y de las que convendría hablar con las mismas palabras del poeta:

¡Gloria del largo deseo, las Ideas!

Sócrates

¿Qué poeta?

Fedro

El muy admirable Stéphanos, que apareció tantos siglos después de nosotros. Pero a mi modo de ver, la idea de esas Ideas de las que nuestro maravilloso Platón es el padre, es infinitamente demasiado simple, y como demasiado pura, para explicar la diversidad de las Bellezas, el cambio de preferencias en los hombres, el oscurecimiento de tantas obras que fueron llevadas a las nubes, las creaciones del todo nuevas, y las resurrecciones imposibles de prever. ¡Hay también muchas otras objeciones!

Sócrates

Pero ¿cuál es tu propio pensamiento?

Fedro

Ya no sé cómo asirlo. Nada lo encierra; todo lo supone. Está en mí como yo mismo; actúa infaliblemente; juzga, desea... Pero en cuanto a expresarlo, me es tan difícil como decir qué me hace ser yo, y que conozco tan precisamente y tan poco.

Sócrates

Pero puesto que los dioses permiten, querido Fedro, que nuestras conversaciones continúen en estos infiernos, donde no hemos olvidado nada, donde hemos aprendido algo, donde estamos situados más allá de todo lo que es humano, debemos saber ahora qué es verdaderamente bello, qué es feo; qué conviene al hombre; qué debe maravillarlo sin confundirlo, poseerlo sin embrutecerlo...

Fedro

Es lo que lo coloca sin esfuerzo por encima de su naturaleza.

Sócrates

¿Sin esfuerzo? ¿Por encima de su naturaleza?

Fedro

Sí.

Sócrates

¿Sin esfuerzo? ¿Cómo es posible? ¿Por encima de su naturaleza? ¿Qué quiere decir eso? Pienso invenciblemente en un hombre que quisiera trepar sobre sus propios hombros... Rechazado por esta imagen absurda, te pregunto, Fedro, cómo se puede dejar de ser uno mismo; y luego, ¿volver a su esencia? ¿Y cómo puede ocurrir esto sin violencia?

Sé bien que los extremos del amor, y el exceso de vino, o también la asombrosa acción de esos vapores que respiran las pitonisas, nos transportan, como se dice, fuera de nosotros mismos; y sé mejor

aún, por mi experiencia muy cierta, que nuestras almas pueden formarse, en el seno mismo del tiempo, santuarios impenetrables a la duración, eternos interiormente, pasajeros en cuanto a la naturaleza; donde son al fin lo que conocen; donde desean lo que son; donde se sienten creadas por lo que aman, y le devuelven luz por luz, y silencio por silencio, dándose y recibándose sin tomar nada prestado a la materia del mundo ni a las Horas. Son entonces como esas calmas centelleantes, circunscritas de tempestades, que se desplazan sobre los mares. ¿Quiénes somos durante esos abismos? Suponen la vida que suspenden...

Pero esas maravillas, esas contemplaciones y esos éxtasis no aclaran para mis ojos nuestro extraño problema de la belleza. No sé vincular esos estados supremos del alma a la presencia de un cuerpo o de algún objeto que los suscita.

Fedro

¡Oh Sócrates, es que siempre quieres sacarlo todo de ti mismo!... Tú a quien admiro entre todos los hombres, tú más bello en tu vida, más bello en tu muerte, que la más bella cosa visible; gran Sócrates, adorable fealdad, pensamiento todopoderoso que cambias el veneno en un brebaje de inmortalidad, oh tú que, enfriado, y con la mitad del cuerpo ya de mármol, la otra mitad aún hablante, nos mantenías amigablemente el lenguaje de un dios, déjame decirte qué cosa ha faltado quizá a tu experiencia.

Sócrates

Es muy tarde, sin duda, para que me lo enseñes. Pero habla de todas formas.

Fedro

Una cosa, Sócrates, una sola te faltó. Fuiste un hombre divino, y no necesitabas quizá de las bellezas materiales del mundo. En ellas apenas gustabas. Sé bien que no desdeñabas la dulzura de los campos, el esplendor de la ciudad, ni las aguas vivas, ni la delicada sombra del plátano; pero no eran para ti más que los ornamentos lejanos de tus meditaciones, los deliciosos alrededores de tus dudas,

el paraje favorable a tus pasos interiores. Lo más bello te conducía bien lejos de sí, siempre veías otra cosa.

Sócrates

El hombre, y el espíritu del hombre.

Fedro

Pero entonces, ¿no encontraste, entre los hombres, a algunos cuya pasión singular por las formas y las apariencias te haya sorprendido?

Sócrates

Sin duda.

Fedro

¿Y cuya inteligencia, sin embargo, y cuyas virtudes no cedían a ninguna?

Sócrates

¡Ciertamente!

Fedro

¿Los colocabas más alto o más bajo que los filósofos?

Sócrates

Depende.

Fedro

¿Su objeto te parecía más o menos digno de búsqueda y de amor que el tuyo propio?

Sócrates

No se trata de su objeto. No puedo pensar que existan varios Bien Supremo. Pero lo que me es oscuro, y difícil de entender, es que hombres tan puros, en cuanto a la inteligencia, hayan necesitado de las formas sensibles y de las gracias corporales para alcanzar su estado más elevado.

Fedro

Un día, querido Sócrates, hablaba de esas mismas cosas con mi amigo Eupalinos.

— Fedro, me decía, cuanto más medito sobre mi arte, más lo ejerzo; cuanto más pienso y actúo, más sufro y me alegro como arquitecto; — y tanto más me siento a mí mismo, con un placer y una claridad siempre más ciertos.

Me pierdo en mis largas esperas; me encuentro por las sorpresas que me causo; y por medio de esos grados sucesivos de mi silencio, avanzo en mi propia edificación; y me aproximo a una correspondencia tan exacta entre mis deseos y mis potencias, que me parece haber hecho de la existencia que me fue dada, una especie de obra humana.

A fuerza de construir, me dijo sonriendo, creo que bien me he construido a mí mismo.

Sócrates

Construirse, conocerse a sí mismo, ¿son dos actos o uno solo?

Fedro

...y añadió: He buscado la exactitud en los pensamientos; para que, claramente engendrados por la consideración de las cosas, se transformen, como por sí mismos, en los actos de mi arte. He distribuido mis atenciones; he rehecho el orden de los problemas; empiezo donde antes terminaba, para ir un poco más lejos... Soy avaro de ensoñaciones, concibo como si ejecutara. Nunca más en el espacio informe de mi alma contemplo esos edificios imaginarios, que están a los edificios reales lo que las quimeras y las gorgonas están a los animales verdaderos. Pero lo que pienso es factible; y lo que hago se refiere a lo inteligible... Y además... Escucha, Fedro — me decía aún —, ese pequeño templo que he construido para Hermes, a pocos pasos de aquí, si supieras lo que es para mí. — Donde el pasante no ve más que una elegante capilla, — poca cosa: cuatro columnas, un estilo muy simple, — yo he puesto el recuerdo

de un claro día de mi vida. ¡Oh dulce metamorfosis! Ese delicado templo, nadie lo sabe, es la imagen matemática de una muchacha de Corinto a quien amé felizmente. Reproduce fielmente sus proporciones particulares. ¡Vive para mí! Me devuelve lo que yo le di...

— Por eso es de una gracia inexplicable, le dije. Se siente bien la presencia de una persona, el primer florecer de una mujer, la armonía de un ser encantador. Despierta vagamente un recuerdo que no puede llegar a su término; y ese comienzo de una imagen de la que tú posees la perfección no deja de punzar el alma y de turbarla. ¿Sabes bien que si me abandono a mi pensamiento, voy a compararlo con algún canto nupcial mezclado de flautas, que siento nacer de mí mismo?

Eupalinos me miró con una amistad más precisa y más tierna.

— ¡Oh! dijo, ¡qué hecho estás para comprenderme! Nadie más que tú se ha acercado a mi demonio. Quisiera bien confiarte todos mis secretos; pero de unos, ni yo mismo sabría hablarte adecuadamente, tan bien se sustraen al lenguaje; los otros correrían gran riesgo de aburrirte, pues se refieren a los procedimientos y a los conocimientos más especiales de mi arte. Solo puedo decirte qué verdades, si no qué misterios, acabas ahora de rozar, hablándome de concierto, de cantos y de flautas, a propósito de mi joven templo. Dime — puesto que eres tan sensible a los efectos de la arquitectura —, ¿no has observado, al pasear por esta ciudad, que entre los edificios que la pueblan, los unos son mudos; los otros hablan; y los otros, en fin, que son los más raros, cantan? — No es su destino, ni siquiera su figura general, lo que los anima hasta ese punto, o los reduce al silencio. Eso depende del talento de su constructor, o bien del favor de las Musas.

— Ahora que me lo haces notar, lo noto en mi espíritu.

— Bien. Los edificios que ni hablan ni cantan solo merecen desdén; son cosas muertas, inferiores en la jerarquía a esos montones de mampuestos que vomitan los carros de los

contratistas, y que divierten al menos, el ojo sagaz, por el orden accidental que les presta su caída... En cuanto a los monumentos que se limitan a hablar, si hablan claro, los estimo. Aquí, dicen, se reúnen los mercaderes. Aquí, los jueces deliberan. Aquí, gimen los presos. Aquí, los aficionados a la disipación... — Dije entonces a Eupalinos que había visto algunos muy notables de ese último género. Pero no me oyó. — Esas lojas mercantiles, esos tribunales y esas prisiones, cuando quienes los construyen saben lo que hacen, mantienen el lenguaje más nítido. Unos aspiran visiblemente a una multitud activa y sin cesar renovada; le ofrecen peristilos y pórticos; la invitan por numerosas puertas y por fáciles escaleras, a venir, en sus vastas y bien iluminadas salas, a formar grupos, a entregarse a la fermentación de los negocios... Pero las moradas de la justicia deben hablar a los ojos del rigor y de la equidad de nuestras leyes. Les sienta la majestad, las masas del todo desnudas; y la aterradora plenitud de los muros. Los silencios de esos paramentos desiertos apenas son rotos, de trecho en trecho, por la amenaza de una puerta misteriosa, o por los tristes signos que hacen sobre las tinieblas de una ventana estrecha, los gruesos barrotes de hierro que la cierran. Todo aquí pronuncia sentencias, y habla de penas. La piedra declara gravemente lo que encierra; el muro es implacable; y esa obra, tan conforme a la verdad, declara con fuerza su severo destino...

Sócrates

Mi prisión no era tan terrible... Me parece que era un lugar apagado e indiferente en sí mismo.

Fedro

¡Cómo puedes decirlo!

Sócrates

Confieso que la miré poco. Solo veía a mis amigos, la inmortalidad y la muerte.

Fedro

¡Y yo no estaba contigo!

Sócrates

Platón tampoco estaba allí, ni Aristipo... Pero la sala estaba llena, los muros me estaban ocultos. La luz de la tarde ponía el color de la carne sobre las piedras de la bóveda... En verdad, querido Fedro, nunca tuve más prisión que mi cuerpo. Pero vuelve a lo que te decía tu amigo. Creo que iba a hablarte de los edificios más preciosos, y es lo que me gustaría oír.

Fedro

Pues bien, continuaré.

— Eupalinos me hizo todavía un magnífico cuadro de esas construcciones gigantescas que se admiran en los puertos. Se adentran en el mar. Sus brazos, de una blancura absoluta y dura, circunscriben cuencas adormecidas cuya calma defienden. Las guardan seguros, plácidamente repletos de galeras, al abrigo de los escolleros erizados y de los malecones retumbantes. Altas torres, donde vela alguien, donde la llama de las piñas, durante las noches impenetrables, danza y se enfurece, dominan el ancho, en la extremidad espumosa de los diques... Atreverse a tales trabajos es desafiar al propio Neptuno. Hay que arrojar montañas por carretadas, en las aguas que se quieren encerrar. Hay que oponer los rudos escombros sacados de las profundidades de la tierra, a la movable profundidad del mar, y a los choques de las monótonas caballerías que apremia y rebasa el viento... Esos puertos, me decía mi amigo, esos vastos puertos, ¡qué claridad ante el espíritu! ¡Cómo despliegan sus partes! ¡Cómo descienden hacia su tarea! — Pero las maravillas propias del mar, y la estatuaria accidental de las costas son ofrecidas graciosamente por los dioses al arquitecto. Todo conspira al efecto que producen en las almas esos nobles establecimientos a medias naturales: la presencia del horizonte puro, el nacimiento y el desvanecimiento de una vela, la emoción del alejamiento de la tierra, el comienzo de los peligros, el umbral centelleante de los países desconocidos; y la propia avidez de los

hombres, muy dispuesta a convertirse en un temor supersticioso, apenas ceden a ella y ponen el pie en el navío... Son en verdad admirables teatros; ipero coloquemos por encima los edificios del arte solo! Aunque tengamos que hacer contra nosotros mismos un esfuerzo bastante difícil, hay que abstraerse un poco de los prestigios de la vida, y del goce inmediato. Lo más bello es necesariamente tiránico...

— Pero yo le dije a Eupalinos que no veía por qué ha de ser así. Me respondió que la verdadera belleza era precisamente tan rara como lo es, entre los hombres, el hombre capaz de hacer un esfuerzo contra sí mismo, es decir, de elegir un cierto sí mismo, e imponérselo. Luego, recuperando el hilo de oro de su pensamiento: Llego ahora, dijo, a esas obras maestras debidas enteramente a alguien, y de las que te decía hace un momento que parecen cantar por sí mismas.

¿Era acaso una palabra vana, oh Fedro? ¿Eran palabras creadas negligentemente por el discurso, que lo adornan rápidamente, pero que no soportan ser reflexionadas? No, Fedro, no... ¡Y cuando tú hablaste — el primero, e involuntariamente — de música a propósito de mi templo, fue una analogía divina la que te visitó! Esa himeneo de pensamientos que se concluyó por sí mismo en tus labios, como el acto distraído de tu voz; esa unión de apariencia fortuita de cosas tan diferentes, se debe a una necesidad admirable, que es casi imposible pensar en toda su profundidad, pero cuya presencia persuasiva has sentido oscuramente. Imagina, pues, con fuerza lo que sería un mortal suficientemente puro, suficientemente razonable, suficientemente sutil y tenaz, suficientemente armado con poderío por Minerva, para meditar hasta el extremo de su ser, y por lo tanto hasta la extrema realidad, ese extraño acercamiento de las formas visibles con los ensamblajes efímeros de los sonidos sucesivos; piensa a qué origen íntimo y universal se aventuraría; a qué punto precioso llegaría; qué dios encontraría en su propia carne. Y poseyéndose al fin en ese estado de divina ambigüedad, si se propusiera entonces construir no sé qué monumentos, cuya figura venerable y graciosa participara directamente de la pureza del

sonido musical, o debiera comunicar al alma la emoción de un acorde inagotable, — piensa, Fedro, ¡qué hombre! ¡Imagina qué edificios!... ¡Y nosotros, qué goces!

— ¿Y tú, le dije, lo concibes?

— Sí y no. Sí, como sueño. No, como ciencia.

— ¿Sacas algún auxilio de esos pensamientos?

— Sí, como acicate. Sí, como juicio. Sí, como penas... Pero no estoy en posesión de encadenar, como sería preciso, un análisis a un éxtasis. Me acerco a veces a ese poder tanpreciado... Una vez estuve infinitamente cerca de asirlo, pero solo como se posee, durante el sueño, un objeto amado. Solo puedo hablarte de los acercamientos a cosa tan grande. Cuando ella se anuncia, querido Fedro, yo ya difiero de mí mismo, tanto como una cuerda tensa difiere de sí misma que estaba floja y sinuosa. Soy del todo otro de lo que soy. Todo es claro, y parece fácil. Entonces mis combinaciones se prosiguen y se conservan en mi luz. Siento mi necesidad de belleza, igual a mis recursos desconocidos, engendrar por sí sola figuras que la satisfacen. Deseo con todo mi ser... Las potencias acuden. Sabes bien que las potencias del alma proceden extrañamente de la noche... Avanzan, por ilusión, hasta lo real. Las llamo, las conjuro con mi silencio... Aquí están, cargadas todas de claridad y de error. Lo verdadero, lo falso, brillan igualmente en sus ojos, sobre sus diademas. Me aplastan con sus dones, me asedian con sus alas... ¡Fedro, aquí está el peligro! ¡Es la cosa más difícil del mundo!... ¡Oh momento más importante, y desgarramiento capital!... Esos favores sobreabundantes y misteriosos, lejos de acogerlos tal cuales, únicamente deducidos del gran deseo, ingenuamente formados de la extrema espera de mi alma, tengo que detenerlos, oh Fedro, y que aguarden mi señal. Y habiéndolos obtenido por una especie de interrupción de mi vida (adorable suspenso de la duración ordinaria), quiero aún que yo divida lo indivisible, y que temple e interrumpa el nacimiento mismo de las Ideas...

— ¡Oh desdichado!, le dije, ¿qué quieres hacer en el espacio de un relámpago?

— Ser libre. Hay muchas cosas, prosiguió, hay... todas las cosas en ese instante; y todo aquello de lo que se ocupan los filósofos ocurre entre la mirada que cae sobre un objeto, y el conocimiento que resulta de ello... para acabar siempre prematuramente.

— No te comprendo. ¿Entonces te esfuerzas por retardar esas Ideas?

— Es preciso. Las impido de satisfacerme, difiero la dicha pura.

— ¿Por qué? ¿De dónde sacas esa fuerza cruel?

— Es que me importa sobre todas las cosas obtener de lo que va a ser, que satisfaga, con toda la vigorosidad de su novedad, a las exigencias razonables de lo que ha sido. ¿Cómo no ser oscuro?... Escucha: vi un día cierto grupo de rosas, e hice una cera con ellas. Terminada esa cera, la puse en la arena. El Tiempo veloz reduce las rosas a nada; y el fuego devuelve prontamente la cera a su naturaleza informe. Pero la cera, al haber huido de su molde calentado y perdida, el líquido deslumbrante del bronce viene a desposar en la arena endurecida, la cóncava identidad del menor pétalo...

— ¡Entiendo! Eupalinos. Ese enigma me es transparente; el mito es fácil de traducir.

Esas rosas que fueron frescas, y que perecen ante tus ojos, ¿no son todas las cosas, y la vida misma en movimiento? — Esa cera que has modelado, imprimiéndole tus dedos hábiles, el ojo libando en las corolas y volviendo cargado de flores hacia tu obra, — ¿no es acaso una figura de tu labor cotidiana, rica del trato de tus actos con tus nuevas observaciones? — El fuego, es el Tiempo mismo, que aboliría enteramente, o dispersaría en el vasto mundo, tanto las rosas reales como tus rosas de cera, si tu ser, de alguna manera, no guardara, no sé cómo, las formas de tu experiencia y la solidez secreta de su razón... En cuanto al bronce líquido, ciertamente, son las potencias excepcionales de tu alma las que él significa, y el tumultuoso estado

de algo que quiere nacer. Esa abundancia incandescente se perdería en vano calor y en reverberaciones infinitas, y no dejaría tras de sí más que lingotes o coladas irregulares, si no supieras conducirla, por canales misteriosos, a enfriarse y a extenderse en las nítidas matrices de tu sabiduría. Es necesario, pues, que tu ser se divida, y se haga, en el mismo instante, caliente y frío, fluido y sólido, libre y ligado, — rosas, cera, y el fuego; matriz y metal de Corinto.

— ¡Es eso mismo! Pero te he dicho que solo lo intento.

— ¿Cómo lo haces?

— Como puedo.

— Pero dime cómo lo intentas.

— Escucha todavía, ya que lo deseas... No sé muy bien cómo aclararte lo que no está claro para mí mismo... Oh Fedro, cuando compongo una morada — sea para los dioses, sea para un hombre —, y cuando busco esa forma con amor, estudiándome para crear un objeto que alegre la vista, que dialogue con el espíritu, que se acuerde con la razón y con las numerosas conveniencias... te diré esa cosa extraña que me parece que mi cuerpo es parte de ello... Déjame decir. Ese cuerpo es un instrumento admirable, del que me aseguro que los vivos, que todos lo tienen a su servicio, no lo usan en su plenitud. De él solo sacan placer, dolor y actos indispensables, como el de vivir. Unas veces se confunden con él; otras olvidan por un tiempo su existencia; y unas veces brutos, otras veces puros espíritus, ignoran qué lazos universales contienen, y de qué sustancia prodigiosa están hechos. Por ella, sin embargo, participan de lo que ven y de lo que tocan: son piedras, son árboles; intercambian contactos y alientos con la materia que los engloba. Tocan, son tocados, pesan y levantan pesos; se mueven, y transportan sus virtudes y sus vicios; y cuando caen en la ensoñación, o en el sueño indefinido, reproducen la naturaleza de las aguas, se hacen arenas y nubes... ¡En otras ocasiones, acumulan y proyectan el rayo!...

Pero su alma no sabe servirse exactamente de esa naturaleza que está tan cerca de ella, y que penetra. Se adelanta, se retrasa; parece huir del instante mismo. Recibe de él sacudidas e impulsos que la hacen alejarse en sí misma, y perderse en su vacío donde engendra humos. Pero yo, muy al contrario, instruido por mis errores, digo en plena luz, me repito a cada aurora:

«Oh cuerpo mío, que me recuerdas a cada momento ese temperamento de mis tendencias, ese equilibrio de vuestros órganos, esas justas proporciones de vuestras partes, que os hacen ser y restableceros en el seno de las cosas movedizas; cuidad mi obra; enseñadme sordamente las exigencias de la naturaleza, y comunicadme ese gran arte del que estáis dotado, como estáis hechos de él, de sobrevivir a las estaciones, y de reponeros de los azares. Dadme encontrar en vuestra alianza el sentimiento de las cosas verdaderas; moderrad, reforzad, asegurad mis pensamientos. Por mucho que perezcáis, lo hacéis mucho menos que mis sueños. Duráis un poco más que una fantasía; pagáis por mis actos, y expiáis por mis errores: Instrumento vivo de la vida, sois para cada uno de nosotros el único objeto que se compara al universo. La esfera entera os tiene siempre por centro; ¡oh cosa recíproca de la atención de todo el cielo estrellado! Sois bien la medida del mundo, del que mi alma no me presenta más que el exterior. Lo conoce sin profundidad, y tan vanamente, que a veces se pone a catalogarlo entre sus sueños; duda del sol... Infatuada con sus fabricaciones efímeras, se cree capaz de una infinidad de realidades distintas; imagina que existen otros mundos, pero vosotros la recordáis a vos mismos, como el ancla, a sí misma, recuerda al navío...

»Mi inteligencia mejor inspirada no cesará, querido cuerpo, de llamaros a sí de ahora en adelante; ni vos, lo espero, de suministrarle vuestras presencias, vuestras instancias, vuestras ataduras locales. Pues encontramos al fin, vos y yo, el modo de unirnos, y el nudo indisoluble de nuestras diferencias: es una obra que sea hija nuestra. Actuábamos cada uno por su lado. Vos vivíais, yo soñaba. Mis vastas ensoñaciones desembocaban en una impotencia ilimitada. Pero esa obra que ahora quiero hacer, y que no

se hace por sí sola, ¡ojalá nos obligue a respondernos, y surja únicamente de nuestro acuerdo! Pero ese cuerpo y ese espíritu, pero esa presencia invenciblemente actual, y esa ausencia creadora que se disputan el ser, y que hay que componer al fin; pero ese finito y ese infinito que aportamos, cada uno según su naturaleza, es preciso ahora que se unan en una construcción bien ordenada; y si, gracias a los dioses, trabajan de consuno, si se intercambian conveniencia y gracia, belleza y duración, movimientos a cambio de líneas, y números a cambio de pensamientos, es porque habrán descubierto su verdadera relación, su acto. ¡Que se pongan de acuerdo, que se entiendan por medio de la materia de mi arte! Las piedras y las fuerzas, los perfiles y las masas, las luces y las sombras, las agrupaciones artificiosas, las ilusiones de la perspectiva y las realidades del peso, son los objetos de su comercio, cuya ganancia sea al fin esa incorruptible riqueza que llamo Perfección.»

Sócrates

¡Qué plegaria sin igual!... ¿Y después?

Fedro

Guardó silencio.

Sócrates

Todo esto suena extrañamente en este lugar. Ahora que estamos privados de cuerpo, debemos sin duda lamentarlo, y considerar esa vida que hemos dejado, con el mismo ojo envidioso con que mirábamos antes el jardín de las sombras dichosas... Ni las obras ni los deseos nos siguen aquí; pero hay lugar para los arrepentimientos.

Fedro

Estos bosquecillos están poblados de eternos desgraciados.

Sócrates

Si encontrase a ese Eupalinos, aún le preguntaría algo.

Fedro

Debe de ser el más desgraciado de los bienaventurados. ¿Qué le preguntarías?

Sócrates

Que se explicara un poco más claramente sobre esos edificios de los que decía que *cantan*.

Fedro

Veo que esa palabra te persigue.

Sócrates

Hay palabras que son abejas para el espíritu. Tienen la insistencia de esas moscas, y lo acosan. Esta me ha picado.

Fedro

¿Y qué dice la picadura?

Sócrates

No cesa de excitarme a divagar sobre las artes. Las acerco, las distingo; quiero oír el canto de las columnas, y figurarme en el cielo puro el monumento de una melodía. Esta imaginación me conduce muy fácilmente a poner de un lado la Música y la Arquitectura; y del otro, las demás artes. Una pintura, querido Fedro, no cubre más que una superficie, como un cuadro o una pared; y allí finge objetos o personajes. La escultura, del mismo modo, no adorna nunca más que una porción de nuestra vista. Pero un templo, unido a sus alrededores, o bien el interior de ese templo, forma para nosotros una especie de grandeza completa en la que vivimos... ¡Estamos, nos movemos, vivimos entonces en la obra del hombre! No hay parte de esa triple extensión que no haya sido estudiada y reflexionada. Respiramos en ella de alguna manera la voluntad y las preferencias de alguien. Estamos apresados y dominados en las proporciones que ha elegido. No podemos escaparle.

Fedro

Sin duda.

Sócrates

¿Pero no ves que lo mismo nos ocurre en otra circunstancia?

Fedro

¿Qué cosa?

Sócrates

¿Estar en una obra del hombre como peces en el agua, estar enteramente bañados en ella, vivir en ella y pertenecerle?

Fedro

No adivino.

Sócrates

¡Vamos! ¿Nunca has experimentado esto, cuando asistías a alguna fiesta solemne, o cuando tomabas parte en un banquete, y la orquesta llenaba la sala de sonidos y de fantasmas? ¿No te parecía que el espacio primitivo era sustituido por un espacio inteligible y cambiante; o más bien, que el tiempo mismo te rodeaba por todas partes? ¿No vivías en un edificio móvil, sin cesar renovado y reconstruido en sí mismo; todo consagrado a las transformaciones de un alma que sería el alma de la extensión? ¿No era una plenitud cambiante, análoga a una llama continua, iluminando y calentando todo tu ser por una incesante combustión de recuerdos, de presentimientos, de pesares y de presagios, y de infinitud de emociones sin causas precisas? ¿Y esos momentos, y sus ornamentos; y esas danzas sin danzarinas, y esas estatuas sin cuerpo y sin rostro (pero sin embargo tan delicadamente dibujadas), no te parecía que te rodeaban a ti, esclavo de la presencia general de la Música? ¿Y esa producción inagotable de fascinaciones, no estabas encerrado con ella, y obligado a estarlo, como una pitonisa en su cámara de humo?

Fedro

Sí, sin duda. E incluso he observado que estar en ese recinto y en ese universo creado por los sonidos, aquí o allí, era estar fuera de sí

mismo...

Sócrates

¡Y más aún! ¿No has sentido esa movilidad como inmóvil, relativamente al pensamiento más móvil todavía? ¿No has considerado, a ratos, y como aparte de ti, ese edificio de apariciones, de transiciones, de conflictos y de eventos indefinibles, como algo de lo que uno puede distraerse, y a lo que puede volver, al modo de un camino, hallándolo poco más o menos el mismo?

Fedro

Confieso que me ocurría desapegarme sin saberlo de la música, y de alguna forma dejarla donde estaba... Me distraigo a partir de ella misma, que me invita a ello. Luego vuelvo a su seno.

Sócrates

Toda esa movilidad forma, pues, como un sólido. Parece existir en sí misma, como un templo construido alrededor de tu alma; puedes salir de él y alejarte; puedes volver a entrar por otra puerta...

Fedro

Exacto. E incluso nunca se entra por la misma puerta.

Sócrates

Hay, pues, dos artes que encierran al hombre dentro del hombre; o más bien, que encierran al ser en su obra, y al alma en sus actos y en las producciones de sus actos, como nuestro cuerpo de antaño estaba todo encerrado en las creaciones de su ojo, y rodeado de vista. Por dos artes, se envuelve de dos maneras, de leyes y de voluntades interiores, figuradas en una materia o en otra, la piedra o el aire.

Fedro

Veo bien que la Música y la Arquitectura tienen, cada una, con nosotros ese profundo parentesco.

Sócrates

Ambas ocupan la totalidad de un sentido. No escapamos a la una más que por una sección interior; a la otra, más que por movimientos. Y cada una de ellas llena nuestro conocimiento y nuestro espacio de verdades artificiales, y de objetos esencialmente humanos.

Fedro

¿Luego la una y la otra, refiriéndose tan directamente a nosotros, sin intermediarios, deben mantener entre sí relaciones particularmente simples?

Sócrates

Eso mismo; y bien dices: sin intermediarios. Porque los objetos visibles que toman prestados las demás artes y la poesía — las flores, los árboles, los seres vivos (y hasta los inmortales) —, cuando son puestos en obra por el artista, no dejan de ser lo que son, y de mezclar su naturaleza y su significación propia, con el designio de quien los emplea para expresar su voluntad. Así, el pintor que desea que cierto lugar de su cuadro sea de color verde, pone allí un árbol; y dice por ello algo más de lo que quería decir en principio. Añade a su obra todas las ideas que derivan de la idea de un árbol, y no puede limitarse a lo que basta. No puede separar el color de algún ser.

Fedro

Tal es la ganancia, y tal el inconveniente, de estar sometido a los objetos reales; cada uno de ellos es una pluralidad de cosas para el hombre, y puede entrar en una pluralidad de utilidades distintas para sus actos... Lo que dices del pintor me hace pensar también en esos niños a los que el preceptor pide razonar sobre Aquiles y la tortuga, y encontrar el tiempo que necesita un héroe para alcanzar a un pesado animal. En vez de desterrar la fábula de sus espíritus, y de retener únicamente los números y sus relaciones aritméticas, imaginan por una parte los pies alados; por otra, la tardía tortuga; se ponen sucesivamente en la piel de los dos seres; piensan en el uno, piensan en el otro; y creando así dos tiempos y dos espacios

incomunicables, nunca llegan al estado en el que ya no hay ni Aquiles ni tortuga, ni tiempo siquiera, ni velocidad; sino números e igualdades de números.

Sócrates

Pero las artes de que hablamos deben, al contrario, por medio de números y de relaciones de números, engendrar en nosotros no una fábula, sino ese poder oculto que hace todas las fábulas. Elevan el alma hasta el tono creador, y la hacen sonora y fecunda. Ella responde a esa armonía material y pura que le comunican, con una abundancia inagotable de explicaciones y de mitos que engendra sin esfuerzo; y crea, para esa emoción invencible que le imponen las formas calculadas y los justos intervalos, una infinidad de causas imaginarias, que la hacen vivir mil vidas maravillosamente veloces y fundidas.

Fedro

La pintura, ni la poesía, tienen esa virtud.

Sócrates

¡Tienen las tuyas, sin duda! Pero que residen, en cierto modo, en el presente. Un bello cuerpo se hace mirar en sí mismo, y nos ofrece un admirable momento: es un detalle de la naturaleza que el artista ha detenido por milagro... Pero la Música y la Arquitectura nos hacen pensar en algo completamente distinto de ellas mismas; están en medio de este mundo, como los monumentos de otro mundo; o bien como los ejemplos, aquí y allá diseminados, de una estructura y de una duración que no son las de los seres, sino las de las formas y de las leyes. Parecen destinadas a recordarnos directamente — la una, la formación del universo, la otra, su orden y su estabilidad; invocan las construcciones del espíritu, y su libertad, que busca ese orden y lo reconstituye de mil maneras; descuidan, pues, las apariencias particulares de las que el mundo y el espíritu se ocupan ordinariamente: plantas, bestias y gentes... Incluso he observado, a veces, escuchando la música con una atención igual a su complejidad, que ya no percibía, en cierto modo, los sonidos de los

instrumentos en tanto que sensaciones de mi oído. La sinfonía misma me hacía olvidar el sentido del oído. Se transformaba tan prontamente, tan exactamente, en verdades animadas y en aventuras universales, o también en combinaciones abstractas, que ya no tenía conciencia del intermediario sensible, el sonido.

Fedro

Quieres decir, ¿verdad?, que la estatua hace pensar en la estatua, pero que la música no hace pensar en la música, ni una construcción en otra construcción. Es en lo que — si tienes razón — ¡una fachada puede cantar! Pero me pregunto en vano cómo son posibles esos extraños efectos.

Sócrates

Me parece que ya hemos encontrado la respuesta.

Fedro

Solo tengo de ello una sensación confusa.

Sócrates

¿Qué hemos dicho? — Imponer a la piedra, comunicar al aire, formas inteligibles; tomar prestado muy poco de los objetos naturales, imitar lo menos posible, he aquí bien lo que es común a los dos artes.

Fedro

Sí. Esa negación les es común.

Sócrates

Pero producir, al contrario, objetos esencialmente humanos; servirse de medios sensibles que no sean semejanzas de cosas sensibles, ni dobles de los seres conocidos; dar figuras a las leyes, o deducir de las leyes mismas sus figuras, ¿no es igualmente lo propio de uno y de otro?

Fedro

También por ahí se comparan.

Sócrates

El misterio está, pues, acorralado en esas pocas ideas. La analogía que perseguimos reside quizá en esas figuras, en esos seres a medias concretos, a medias abstractos, que juegan un papel tan grande en nuestros dos artes: son seres singulares, verdaderas criaturas del hombre, que participan de la vista y del tacto — o bien del oído —, pero también de la razón, del número y de la palabra.

Fedro

¿Quieres hablar de las figuras geométricas?

Sócrates

Sí. Y de los grupos de sonidos, o de los ritmos y los modos musicales. El sonido mismo, el sonido puro, es una especie de creación. La naturaleza solo tiene ruidos.

Fedro

¿Pero no son geométricas todas las figuras?

Sócrates

No más que un ruido es un sonido musical.

Fedro

¿Pero cómo distingues unas de otras, y las figuras geométricas de las que no lo son?

Sócrates

Consideremos primero estas últimas... Supón, querido Fedro, que estamos aún vivos, provistos de cuerpo, y de cuerpo rodeado. Toma un estilo, te diría, o toma una piedra aguda, y traza sobre alguna pared cualquier trazo sin pensar en ello. Trázalo de un solo movimiento. ¿Lo haces?

Fedro

Lo hago, aunque inmaterial, sirviéndome de mis recuerdos.

Sócrates

¿Qué has hecho?

Fedro

Me parece que he trazado una línea de humo. Va, se rompe, vuelve, y se anuda o se curva; y se enreda con ella misma, y me da la imagen de un capricho sin meta, sin comienzo, ni fin, ni otra significación que la libertad de mi gesto en el radio de mi brazo...

Sócrates

Eso es. Tu mano no sabía ella misma, estando en tal punto, adónde iría luego. Era confusamente empujada por la tendencia de salir solo del lugar que ocupaba. Era retenida, por otra parte, y como frenada por su creciente alejamiento de su cuerpo... Y por último la piedra misma, rayando la piedra con una facilidad desigual en las diferentes direcciones, añadía ese azar a los tuyos propios. ¿Es eso una figura geométrica, oh Fedro?

Fedro

Ciertamente no. Pero no sé por qué.

Sócrates

¿Y si te pidiera ahora que dibujaras con esa piedra, o con ese punzón, la figura de una cosa; la de un vaso, por ejemplo, o el perfil chato de Sócrates, ese trazo que trazarías sería más geométrico que el trazo grabado al azar sobre la pared?

Fedro

No; no, en sí mismo.

Sócrates

Respondes como yo mismo lo habría hecho: «No, en sí mismo.» Sientes, pues, que hay algo más en tu acto sometido a un modelo, que en el acto precedente que no tendía a nada más que a rayar el enlucido de una pared. Y sin embargo la figura trazada — la curva de un vaso, o la bizarra sinuosidad de la nariz de Sócrates — no es en sí misma más geométrica que la línea conducida ciegamente al principio. Cada instante de tu movimiento es ajeno a los demás

instantes. Nada necesario liga la concavidad de mi nariz con la convexidad de mi frente. Pero tu mano, sin embargo, ya no es libre de errar sobre la pared; ahora, «tú quieres» algo, e impones a tu trazado esa ley exterior: que reproduzca una forma dada. Te obligas a esto, e incluso has definido esa ley que te has impuesto, con estas palabras: «representar la sombra de la cabeza de Sócrates sobre una superficie plana». Esa ley no es suficiente para guiar tu mano, pues para ello hace falta además la presencia del modelo; pero rige el conjunto de su acción; hace de ella un todo, que tiene su fin, su sanción y sus límites.

Fedro

En verdad, podría decir entonces que hago un acto geométrico, pero que la figura en sí que resulta de él no es geométrica.

Sócrates

Perfectamente. O puedes decir que lo es, en cuanto semejanza, y que no lo es en sí misma.

Fedro

Llega ahora a las figuras verdaderamente geométricas.

Sócrates

Llego; pero no creo poder decir mejor lo que son, de lo que lo he hecho por exclusión de las demás figuras.

Fedro

Hay que decirlo de todos modos.

Sócrates

Llamo, pues, «geométricas», a aquellas figuras que son trazas de esos movimientos que podemos expresar en pocas palabras.

Fedro

Entonces, si ordenas a alguien que marche, ¿esa sola palabra engendra figuras geométricas?

Sócrates

No. Si digo: ¡Marcha!, el movimiento no está suficientemente bien definido por esa orden. El hombre puede ir hacia adelante, hacia atrás, oblicuamente o de lado... Lo que hace falta es que, mediante una sola proposición, el movimiento quede definido de forma tan precisa que no quede al cuerpo móvil otra libertad que la de trazarlo, y solo él. Y es preciso que esa proposición sea obedecida por todos los momentos de ese movimiento, de suerte que todas las partes de la figura sean una misma cosa en el pensamiento, aunque distintas en la extensión. Si te digo, pues, que marches manteniéndote siempre a igual distancia de dos árboles, engendras una de esas figuras, con tal de que conserves en tu movimiento esa condición que te he dado.

Fedro

¿Y después? ¿Qué tiene de maravilloso esa generación?

Sócrates

No sé nada más divino, nada más humano: nada más simple, nada más poderoso.

Fedro

Tengo curiosidad por conocer tus razones.

Sócrates

Oh amigo mío, ¿no encuentras, pues, admirable que la vista y el movimiento estén tan estrechamente unidos que pueda convertir en movimiento un objeto visible, como una línea; y un movimiento en objeto? ¿Que esa transformación sea cierta, y siempre la misma, y que lo sea por medio de la palabra? La vista me da un movimiento, y el movimiento me hace sentir su generación y los lazos del trazado. Soy movido por la vista; me enriquezco de una imagen por el movimiento, y la misma cosa me es dada, tanto si la abordo por el tiempo, como si la encuentro en el espacio...

Fedro

¿Pero para qué son necesarias las palabras? ¿Y por qué tan pocas palabras?

Sócrates

Esto, querido Fedro, es lo más importante: sin la palabra no hay geometría. Sin ella, las figuras son accidentes; y no manifiestan ni sirven al poder del espíritu. Por ella, los movimientos que las engendran siendo reducidos a actos netamente designados por palabras, cada figura es una proposición que puede componerse con otras; y sabemos así, sin más consideración de la vista ni del movimiento, reconocer las propiedades de las combinaciones que hemos hecho; y como construir o enriquecer la extensión, por medio de discursos bien encadenados.

Fedro

¿Entonces el geómetra, cuando ha considerado suficientemente la figura, cierra en cierto modo los ojos, y se hace ciego?

Sócrates

Por un tiempo, se retira de las imágenes, y cede ciegamente al destino que hacen a las palabras las máquinas del espíritu. En el seno de un laborioso silencio, las palabras más complejas se resuelven en las más simples; las ideas que eran idénticas, pero distintas, se confunden; las formas intelectuales semejantes se resumen y se simplifican; las nociones comunes comprometidas en proposiciones distintas sirven de lazo entre estas, y desaparecen, permitiendo reunir las demás cosas a las que estaban separadamente ligadas... No queda del pensamiento más que sus actos puros, por los cuales, ante sí mismo, se cambia y se transforma en sí mismo. Extrae al fin de sus tinieblas el juego entero de sus operaciones...

Fedro

¡Ese admirable ciego se contempla a sí mismo como teatro de una sabia coreografía de símbolos!... ¿Recuerdas los ojos extraviados de Diócles?

Sócrates

Pero esas maravillas no son más que los efectos supremos del lenguaje.

Fedro

¡He aquí que el lenguaje es constructor!... Ya sabía que es la fuente de las fábulas; y para algunos, el padre mismo de los...

Sócrates

Fedro, Fedro, la impiedad carece de gracia en estos lugares. Aquí no habiendo rayo, el blasfemo no tiene mérito alguno... Y estas vagas praderas no alimentan cicuta. Pero verdaderamente, la palabra puede construir, como puede crear, como puede corromper... Un altar que se le erigiera, debería presentar al día tres caras diversamente ornadas; y si tuviera que figurarla bajo apariencias humanas, le daría tres rostros: uno, casi informe, significaría la palabra común: la que muere apenas nacida; y que se pierde enseguida, por el uso mismo. Al punto, se transforma en el pan que se pide, en el camino que os indican, en la cólera de aquel a quien hiere el ultraje... Pero el segundo rostro lanzaría por su boca redondeada un cristalino chorro de agua eterna: tendría los rasgos más nobles, el ojo grande y entusiasta; el cuello poderoso e hinchado, que los escultores dan a las Musas.

Fedro

¿Y el tercero?

Sócrates

¡Por Apolo, cómo figurar este!... Haría falta no sé qué fisonomía inhumana, con rasgos de ese rigor y de esa sutileza que se dice que los egipcios supieron plasmar en el rostro de sus dioses.

Fedro

Lo dicen con razón. La astucia, los enigmas, una precisión casi cruel, una fineza implacable y casi bestial; todos los signos de la atención felina y de una feroz espiritualidad son visibles en los

simulacros de esas duras divinidades. La mezcla hábilmente dosificada de la agudeza y de la frialdad causa en el alma un malestar y una inquietud particular. Y esos monstruos de silencio y de lucidez, infinitamente calmos, infinitamente despiertos, rígidos y que parecen dotados de inminencia, o de una próxima agilidad, aparecen como la Inteligencia misma, en tanto que bestia y animal impenetrable, que todo lo penetra.

Sócrates

¿Qué hay más misterioso que la claridad?... ¿Qué más caprichoso que la distribución, sobre las horas y sobre los hombres, de las luces y de las sombras? Ciertos pueblos se pierden en sus pensamientos; pero para nosotros los griegos, todas las cosas son formas. Solo retenemos las relaciones; y como encerrados en la diáfana claridad del día, construimos, a semejanza de Orfeo, por medio de la palabra, templos de sabiduría y de ciencia que pueden bastar a todos los seres racionales. Ese gran arte nos exige un lenguaje admirablemente exacto. El mismo nombre que lo designa es también entre nosotros el nombre de la razón y del cálculo, una sola palabra dice esas tres cosas. Pues ¿qué es la razón sino el discurso mismo, cuando los significados de los términos están bien limitados y asegurados en su permanencia, y cuando esos significados inmutables se ajustan unos con otros, y se componen con claridad? Y eso es la misma cosa que el cálculo.

Fedro

¿Cómo así?

Sócrates

Es que, entre las palabras, están los números, que son las palabras más simples.

Fedro

¿Pero las demás palabras, que no son simples, no son aptas para el cálculo?

Sócrates

Lo son difícilmente.

Fedro

¿Por qué?

Sócrates

Es que fueron creadas por separado; las unas en tal instante, y por tal necesidad; y las otras, en otra circunstancia. Un solo aspecto de las cosas, un solo deseo, un solo espíritu, no las instituyó como por un solo acto. Su conjunto no está, pues, apropiado a ningún uso particular, y es imposible conducir las a desarrollos ciertos y lejanos sin perderse en sus ramificaciones infinitas... Hay que ajustar esas palabras complejas como bloques irregulares, especulando sobre las probabilidades y las sorpresas que los arreglos de ese tipo nos reservan, y dar el nombre de «poetas» a quienes la fortuna favorece en ese trabajo.

Fedro

¡Pareces conquistado tú mismo a la adoración de la arquitectura! He aquí que no puedes hablar sin tomar prestados al arte mayor sus imágenes y su firme ideal.

Sócrates

Estoy todavía todo impregnado de los propósitos de Eupalinos que tú referías. En mí mismo han despertado algo que se les parece.

Fedro

¿Contenías, pues, un arquitecto?

Sócrates

Nada puede seducirnos, nada atraernos; nada hace que levantemos el oído, que fijemos la mirada; nada es elegido por nosotros en la multitud de las cosas, y no vuelve desigual nuestra alma, que no sea, de alguna manera, preexistente en nuestro ser, o aguardado secretamente por nuestra naturaleza. Todo lo que llegamos a ser, aunque sea pasajera y momentáneamente, estaba preparado. Había

en mí un arquitecto, a quien las circunstancias no terminaron de formar.

Fedro

¿Cómo lo reconoces?

Sócrates

Por no sé qué intención profunda de construir que inquieta sordamente mi pensamiento.

Fedro

No lo diste a notar cuando éramos vivos.

Sócrates

Te he dicho que nací siendo varios, y que morí siendo uno solo. El niño que llega es una muchedumbre innumerable, que la vida reduce bien pronto a un solo individuo, el que se manifiesta y muere. Conmigo nació una cantidad de Sócrates, de los que poco a poco se desprendió el Sócrates que debía a los magistrados y a la cicuta.

Fedro

¿Y qué fue de todos los demás?

Sócrates

Ideas. Permanecieron en estado de ideas. Vinieron a pedir ser, y fueron rechazados. Los guardaba en mí, como mis dudas y mis contradicciones... A veces, esos gérmenes de personas son favorecidos por la ocasión, y nos encontramos muy cerca de cambiar de naturaleza. Descubrimos en nosotros gustos y dones que no sospechábamos que estuvieran en nosotros: el músico se convierte en estratega, el piloto se siente médico; y aquel cuya virtud se miraba y se respetaba a sí misma, descubre en sí un Caco oculto, y un alma de ladrón.

Fedro

Es muy cierto que ciertas edades del hombre son como encrucijadas de caminos.

Sócrates

La adolescencia está singularmente situada en medio de los caminos... Un día de mis buenos días, querido Fedro, conocí una extraña vacilación entre mis almas. El azar vino a poner en mis manos el objeto más ambiguo del mundo. Y las infinitas reflexiones que me hizo hacer podían tanto conducirme a ese filósofo que fui, como al artista que no llegué a ser...

Fedro

¿Es un objeto el que te solicitó tan diversamente?

Sócrates

Sí. Un pobre objeto, cierta cosa que encontré, dando un paseo. Fue el origen de un pensamiento que se dividía de sí mismo entre el construir y el conocer.

Fedro

¡Maravilloso objeto! ¡Objeto comparable a esa caja de Pandora donde todos los bienes y todos los males estaban juntos contenidos!... ¡Hazme ver ese objeto, como el gran Homero nos hace admirar el escudo del hijo de Peleo!

Sócrates

Bien supones que es indescriptible... Su importancia es inseparable del apuro que me causó.

Fedro

Explícate con más amplitud.

Sócrates

Pues bien, Fedro, así fue: caminaba por la orilla misma del mar, seguía una playa sin fin... No te cuento un sueño. Iba no sé adónde, demasiado lleno de vida, a medias embriagado por mi juventud. El aire, deliciosamente áspero y puro, pesando sobre mi rostro y sobre

mis miembros, me oponía un héroe impalpable que había que vencer para avanzar. Y esa resistencia siempre rechazada hacía de mí mismo, a cada paso, un héroe imaginario, victorioso del viento, y rico de fuerzas siempre renacientes, siempre iguales al poder del invisible adversario... Es eso precisamente la juventud. Pisaba con fuerza el borde sinuoso, endurecido y batido por las olas. Todas las cosas, a mi alrededor, eran simples y puras: el cielo, la arena, el agua. Miraba llegar de alta mar esas grandes formas que parecen correr desde las orillas de Libia, transportando sus cimas centelleantes, sus cóncavos valles, su implacable energía, desde África hasta el Ática, sobre la inmensa extensión líquida. Encuentran al fin su obstáculo, y la base misma de la Hélade; se rompen sobre esa base submarina; retroceden en desorden hacia el origen de su duración. Las olas, en ese punto, destruidas y confundidas, pero nuevamente asidas por las que las siguen, se diría que las figuras de la ola se combaten. Las gotas innumerables rompen sus cadenas, un polvo centelleante se eleva. Se ven blancos jinetes saltar por encima de sí mismos, y todos esos enviados del mar inagotable perecer y reaparecer, con un tumulto monótono, sobre una pendiente blanda y casi imperceptible, que todo su ímpetu, aunque venido del extremo horizonte, nunca sin embargo lograría escalar... Aquí, la espuma, lanzada lo más lejos por la ola más alta, forma montones amarillentos e irisados que revientan al sol, o que el viento persigue y dispersa, de la manera más graciosa del mundo, como bestias espantadas por el brusco salto del mar. Pero yo gozaba de la espuma naciente y virgen... Es de una extraña suavidad al tacto. Es una leche tibia y aireada, que llega con una violencia voluptuosa, inunda los pies descalzos, los abreva, los sobrepasa, y desciende sobre ellos, gimiendo con una voz que abandona la orilla y se retira en sí misma; mientras la humana estatua, presente y viva, se hunde un poco más en la arena que la arrastra; y mientras el alma se abandona a esa música tan poderosa y tan fina, se apacigua, y la sigue eternamente.

Fedro

Me haces revivir. ¡Oh lenguaje cargado de sal, y palabras verdaderamente marinas!

Sócrates

Me he dejado hablar... Tenemos la eternidad para discurrir sobre el tiempo. Estamos aquí para agotar nuestros espíritus, a la manera de las Danaides.

Fedro

¿El objeto?

Sócrates

El objeto yace en la orilla donde caminaba, donde me detuve, donde te he hablado largamente de un espectáculo que tú conoces tan bien como yo, pero que, evocado en este lugar, toma una especie de novedad por el hecho de que ha desaparecido para siempre. Aguarda, pues, y en unas pocas palabras, voy a encontrar lo que no buscaba.

Fedro

¿Seguimos siempre en la orilla del mar?

Sócrates

Necesariamente. Esa frontera de Neptuno y de la Tierra, siempre disputada por las divinidades rivales, es el lugar del comercio más funesto, más incesante. Lo que rechaza el mar, lo que la tierra no sabe retener, los restos enigmáticos; los miembros horribles de los navíos dislocados, tan negros como el carbón, y como si las aguas saladas los hubieran quemado; las carroñas horriblemente picoteadas, y todas tersas por las olas; los hierbajos elásticos arrancados por las tempestades a los pastos transparentes de los rebaños de Proteo; los monstruos desinflados, de colores fríos y moribundos; todas las cosas, en fin, que la fortuna entrega a las furias litorales, y al litigio sin salida del oleaje con la orilla, están allí llevadas y devueltas; alzadas, rebajadas; tomadas, perdidas, retomadas según la hora y el día; tristes testimonios de la

indiferencia de los destinos, ignobles tesoros, y juguetes de un intercambio tan perpetuo como estacionario...

Fedro

¿Y fue allí donde encontraste?

Sócrates

Allí mismo. Encontré una de esas cosas rechazadas por el mar; una cosa blanca, de la más pura blancura; pulida, y dura, y suave, y ligera. Brillaba al sol, sobre la arena lamida, que es oscura, y sembrada de destellos. La tomé; soplé sobre ella; la froté sobre mi manto, y su forma singular detuvo todos mis otros pensamientos. ¿Quién te hizo?, pensé. No te pareces a nada, y sin embargo no eres informe. ¿Eres el juego de la naturaleza, oh tú sin nombre, llegada a mí de parte de los dioses, en medio de las inmundicias que el mar ha repudiado esta noche?

Fedro

¿De qué tamaño era ese objeto?

Sócrates

Poco más o menos del tamaño de mi puño.

Fedro

¿Y de qué materia?

Sócrates

De la misma materia que su forma: materia de dudas. Era quizá un hueso de pez bizarramente desgastado por el frotamiento de la arena fina bajo las aguas. ¿O de marfil tallado para no sé qué uso, por un artesano de más allá de los mares? ¿Quién sabe?... ¿Acaso una divinidad, perecida con el mismo navío que estaba hecha para preservar de la pérdida? ¿Pero quién era el autor de esto? ¿Acaso el mortal obediente a una idea, que, con sus propias manos, persiguiendo un fin ajeno a la materia que ataca, raspa, rebana, o une; se detiene y juzga; y se separa al fin de su obra — algo le dice que la obra está terminada?... ¿O bien no era la obra de un cuerpo

vivo, que, sin saberlo, trabaja con su propia sustancia, y se forma a ciegas sus órganos y sus armaduras, su concha, sus huesos, sus defensas; haciendo participar su alimento, tomado de su entorno, en la misteriosa construcción que le asegura alguna duración?

Pero quizá no era más que el fruto de un tiempo infinito...
Mediante el eterno trabajo de las olas marinas, el fragmento de una roca, de tanto ser arrollado y golpeado por todos lados, si la roca es de una materia desigualmente dura, y no corre a la larga el riesgo de redondearse, puede muy bien tomar alguna apariiencia notable. No es del todo imposible que un trozo de mármol o de piedra del todo informe, confiado a la agitación permanente de las aguas, sea retirado de ellas algún día, por un azar de otra especie, y que afecte ahora la semejanza de Apolo. Quiero decir que el pescador que tiene alguna idea de ese divino rostro, lo reconocerá en ese mármol sacado de las aguas; pero en cuanto a la cosa misma, el sagrado rostro es para ella una forma pasajera de entre la familia de formas que la acción de los mares ha de imponerle. Los siglos no costando nada, quien dispone de ellos, cambia lo que quiere en lo que quiere.

Fedro

Pero entonces, querido Sócrates, el trabajo de un artista, cuando hace inmediatamente, y por su voluntad seguida, tal busto (como el de Apolo), ¿no es, en cierto modo, lo contrario del tiempo indefinido?

Sócrates

Precisamente. Es su contrario mismo, como si los actos iluminados por un pensamiento abreviaran el curso de la naturaleza; y puede decirse, con toda seguridad, que un artista vale mil siglos, o cien mil, o incluso más! — Es decir que ese tiempo casi inconcebible habría sido necesario, a la ignorancia o al azar, para llevar ciegamente la misma cosa que nuestro excelente hombre ha realizado en pocos días. ¡He aquí una extraña medida para las obras!

Fedro

Del todo extraña. Es una gran desgracia que apenas podamos servirnos de ella... Pero dime, ¿qué hiciste con esa cosa en tu mano?

Sócrates

Permanecí un tiempo y la mitad de un tiempo considerándola por todas sus caras. La interrogué sin detenerme en una respuesta... Que ese singular objeto fuera obra de la vida, o del arte, o bien del tiempo y un juego de la naturaleza, no podía distinguirlo... Entonces lo arrojé repentinamente al mar.

Fedro

El agua salpicó, y te sentiste aliviado.

Sócrates

El espíritu no rechaza tan fácilmente un enigma. El alma no recobra la calma tan simplemente como el mar... Esa pregunta que acababa de nacer, no faltándole provisiones, ni resonancia, ni ocio, ni espacio, en mi alma, comenzó a crecer, y durante horas me ejercitó. Por mucho que respirara deliciosamente, y dejara que mi vista se regocijara con las brillantes bellezas de la extensión, me sentía sin embargo prisionero de un pensamiento. Mis recuerdos lo alimentaban con ejemplos, que él intentaba volver a su favor. Le presentaba mil cosas, pues no era aún, en aquel tiempo, tan experto en el arte de reflexionar y de engañarme, que presintiera lo que había y lo que no había que exigir de una verdad todavía demasiado joven, y demasiado delicada para soportar todos los rigores de un largo interrogatorio.

Fedro

Veamos un poco esa verdad tan frágil.

Sócrates

Apenas me atrevo a ofrecerte su entretenimiento...

Fedro

¡Pero fuiste tú quien lo propuso!

Sócrates

Sí. La creía más honrosa de exponer... Pero a medida que me acerco, y encontrándome muy cerca de decirla, el pudor me sobrecoge, y siento cierta vergüenza de hacerte conocer esa ingenua producción de mi edad de oro.

Fedro

¡Qué amor propio! Olvidas que somos sombras...

Sócrates

He aquí, pues, mi ingenua idea. Intrigado por ese objeto cuya naturaleza no conseguía conocer, y que todas las categorías reclamaban o rechazaban igualmente, intenté escapar a la imagen molesta de mi hallazgo. ¿Cómo hacerlo, sino por el rodeo de un agrandamiento de la dificultad misma? Al cabo, me decía, el mismo apuro que me propone ese objeto encontrado puede concebirse a propósito de un objeto conocido. Pero en este último, puesto que es conocido, poseemos la pregunta y la respuesta; o más bien poseemos sobre todo la respuesta, y, sintiéndola, descuidamos plantear la pregunta... Supón, pues, que considero una cosa muy familiar, como una casa, una mesa, una ánfora; y que finjo por un tiempo ser un hombre del todo salvaje que no hubiera visto nunca tales objetos, podría bien dudar de si esos objetos son de fabricación humana... Sin saber para qué pueden servir ni siquiera si son de alguna utilidad para alguien; y sin estar, por lo demás, informado por nadie, tendría que imaginar el medio de apaciguar mi espíritu respecto a ellos...

Fedro

¿Y qué imaginaste?

Sócrates

Buscando, encontrando, perdiendo y volviendo a encontrar el medio de discernir lo que produce la naturaleza de lo que hacen los hombres, permanecí un tiempo en el mismo lugar, el ojo vacilando en medio de varias luces; luego me puse a caminar muy

rápidamente hacia el interior de las tierras, como alguien en quien los pensamientos, tras una larga agitación en todos los sentidos, parecen al fin orientarse; y componerse en una sola idea, engendrando al mismo tiempo para su cuerpo una decisión de movimiento bien determinada y una marcha resuelta...

Fedro

Siento eso. Siempre he admirado que la idea que sobreviene, aunque sea la más abstracta del mundo, te dé alas, y te lleve a cualquier parte. Uno se detiene, luego vuelve a ponerse en marcha, ideo es pensar!

Sócrates

Y, mitad corriendo, razonaba así: un árbol, cargado de hojas, es un producto de la naturaleza. Es un edificio cuyas partes son las hojas, las ramas, el tronco y las raíces. Supongo que cada una de esas partes me da la idea de una cierta complejidad. Digo ahora que el conjunto de ese árbol es más complejo que cualquiera de sus partes.

Fedro

Eso es evidente.

Sócrates

Estoy muy lejos de pensarlo. ¡Pero apenas tenía dieciocho años, y no conocía más que certezas! — El árbol, pues, comprendiendo tales y cuales partes, comprende y asume todas sus diversas complejidades; y lo mismo ocurre con un animal, cuyo cuerpo entero es una cosa más compleja que el pie, o que la cabeza, puesto que la complejidad del todo comprende de algún modo, como partes, las complejidades de las diversas partes.

Fedro

El caso es, querido Sócrates, que difícilmente puede uno concebir un árbol como parte de una hoja, o accesorio de una raíz; ni un caballo como órgano o parte de su muslo...

Sócrates

De ello inferí en el acto que, en todos esos seres, el grado del conjunto es necesariamente más elevado que el grado de los detalles; o más bien que puede ser igual, o más elevado que este, pero nunca inferior a él.

Fedro

Tu pensamiento me parece bastante claro; pero ese grado es difícil de concebir con nitidez.

Sócrates

¡Te he dicho y vuelto a decir que tenía dieciocho años! Pensaba, como podía, en un grado del orden y de la distribución de las partes, y de los elementos ensamblados para formar un ser... Pero todos esos seres de los que he hablado son de los que produce la naturaleza. Crecen de tal modo que la materia de que están hechos, las formas que revisten, las funciones que comportan, los medios que poseen de componerse con las localidades y las estaciones, estén ligados entre sí invisiblemente por secretas relaciones; y eso es quizá lo que quieren decir esas palabras: «producido por la naturaleza».

Pero en cuanto a los objetos que son obras del hombre, la cosa es muy distinta. Su estructura es... ¡un desorden!

Fedro

¿Cómo puede ser?

Sócrates

Cuando piensas, ¿no sientes que desordenan secretamente algo; y cuando te duermes, ¿no sientes que lo dejas arreglarse como puede?

Fedro

No sé...

Sócrates

¡No importa! Continúo. Los actos del hombre que construye, o que fabrica algo, no se preocupan de «todas» las cualidades de la sustancia que modifican, sino solo de algunas. Lo que basta a nuestro fin, eso es lo que nos importa. Lo que basta al orador son los efectos del lenguaje. Lo que basta al lógico son sus relaciones y su seguimiento; y como el uno descuida el rigor, el otro, los ornamentos. Y lo mismo, en el orden material: una rueda, una puerta, una cuba, requiriendo tal solidez, tal peso, tales facilidades de ajuste o de trabajo; y si el castaño, o el olmo, o el roble son igualmente (o casi igualmente) aptos, el carretero o el carpintero los emplearán casi indiferentemente, mirando solo al gasto. Pero no ves en la naturaleza al limonero producir manzanas, aunque quizá ese año le costaran menos formarlas que limones.

El hombre, te digo, fabrica por abstracción; ignorando y olvidando una gran parte de las cualidades de lo que emplea, atendiéndose solo a condiciones claras y distintas, que pueden, la mayoría de las veces, ser simultáneamente satisfechas, no por una sola, sino por varias especies de materias. Bebe leche, o vino, o agua, o cerveza, indiferentemente en oro, en cristal, en cuerno o en ónice; y que el vaso sea ancho o esbelto, o en forma de hoja, o de flor, o bizarramente retorcido sobre su pie, el bebedor apenas mira más que el beber. El mismo que hizo esa copa, nunca ha podido más que groseramente concordar entre sí su sustancia, su forma y su función. Porque la subordinación íntima de esas tres cosas y su profundo enlace no podrían ser la obra más que de la naturaleza naturante misma. El artesano no puede hacer su obra sin violar o perturbar un orden, por las fuerzas que aplica a la materia para adaptarla a la idea que quiere imitar, y al uso que prevé. Está, pues, inevitablemente conducido a producir objetos cuyo conjunto es de un grado siempre inferior al grado de sus partes. Si construye una mesa, el ensamblado de ese mueble es un arreglo mucho menos complejo que el de la textura de las fibras de la madera, y aproxima groseramente, en cierto orden ajeno, los trozos de un gran árbol, los cuales se habían formado y desarrollado en otras relaciones.

Fedro

Se me ocurre un extraño ejemplo de ese desorden.

Sócrates

¿Y cuál?

Fedro

El orden mismo, el orden tan admirable, que el arte del estratega impone a los individuos mismos, cuando se los prepara para servir en el rango. ¿Recuerdas, querido Sócrates, esas jornadas gastadas en las alineaciones, y en las formaciones, ya macizas ya desplegadas, que acostumbran a la juventud a la obediencia militar y a la unanimidad en la acción?

Sócrates

¡Por Hércules! Fui soldado, y buen soldado.

Fedro

Pues bien, esas largas líneas erizadas, esas falanges de formidable grosor, esos rectángulos armados, que formábamos en las polvorientas llanuras, ¿no eran figuras muy simples, siendo, sin embargo, cada elemento de esas figuras el objeto más complejo del mundo, un hombre? E incluso, entre esos hombres, había Sócrates y Fidias, Pericles y Zenones, admirables elementos en quienes se añade a la complejidad ordinaria de los humanos la de todos los universos posibles que tienen en el espíritu.

Sócrates

Tu ejemplo es bastante bueno. Recuerdo que a veces me era preciso apelar a mi razón, para hacer que mi alma rica y numerosa aceptara ese papel de simple unidad y de parte indiscernible de un ejército. Ves, pues, que el orden y el desorden, manejados convenientemente, explican, o al menos acercan, muchas cosas.

Fedro

Veo que, puesto en movimiento por ese objeto encontrado en la orilla del mar y al que cualquier otro que tú no habría prestado la menor atención, tu genio adolescente se elevó casi enseguida a la

consideración de una diferencia muy importante, y muy simple. Sacaste del incidente más mínimo este pensamiento: que las creaciones humanas se reducen al conflicto de dos géneros de orden, de los cuales el uno, que es natural y dado, sufre y soporta el otro, que es el acto de las necesidades y los deseos del hombre.

Sócrates

Lo creí. El hombre no necesita de toda la naturaleza, sino solo de una parte de ella. Filósofo es aquel que se hace una idea más extensa, y quiere necesitar de todo. Pero el hombre que solo quiere vivir, no necesita del hierro ni del bronce «en sí mismos»; sino solo de tal dureza o de tal ductilidad. Se ve obligado a tomarlos donde se encuentran, es decir, en un metal que tiene también otras cualidades indiferentes... Solo mira su fin. Si quiere hundir un clavo, lo golpea con una piedra, o con un martillo que es de hierro, o de bronce, o incluso de madera muy dura; y lo hunde a golpes pequeños, o de uno solo más enérgico, o a veces mediante presión; ¿qué le importa? El resultado es el mismo, el clavo está hundido. Pero si no se atiende a seguir el hilo de esa acción, y se consideran todas las circunstancias, esas operaciones parecen del todo distintas, y fenómenos incomparables entre sí.

Fedro

Comprendo ahora cómo pudiste vacilar entre el construir y el conocer.

Sócrates

Hay que elegir ser un hombre, o bien un espíritu. El hombre solo puede actuar porque puede ignorar, y contentarse con una parte de ese conocimiento que es su rareza particular, el cual conocimiento es un poco mayor de lo que hace falta.

Fedro

¡Pero es ese pequeño exceso el que nos hace hombres!

Sócrates

¿Hombres?... ¿Crees acaso que los perros no ven las estrellas, que no les sirven de nada? Les bastaría con que su ojo percibiera las cosas terrestres; pero no está tan exactamente adaptado a la pura utilidad que no sea capaz, sin embargo, de los cuerpos celestes, y de la majestuosa ordenación de la noche.

Fedro

¡Ladran incansablemente hacia la luna!

Sócrates

¿Y los humanos, de mil maneras, no se esfuerzan en llenar o en romper el silencio eterno de esos espacios infinitos que los aterra?

Fedro

¡Tu propia vida se consumió en ello!... Pero yo, no me consolo de la muerte de ese arquitecto que había en ti, y que asesinaste por haber meditado demasiado sobre el fragmento de una concha. ¡Con tu profundidad y tus prodigiosas finezas, Sócrates, habrías dejado atrás a nuestros constructores más famosos. Ictino, ni Eupalinos de Mégara, ni Quersifron de Gnosos, ni Espintaro de Corinto, habrían sido capaces de rivalizar con Sócrates el Ateniese!

Sócrates

¡Fedro, te lo ruego!... Esa materia sutil de que estamos hechos ahora no nos permite reír. Me siento debiendo reírme, pero no puedo... ¡Cesa, pues!

Fedro

Pero sin reír, Sócrates, ¿qué habrías hecho de arquitecto?

Sócrates

¿Qué sé yo?... Veo solo, más o menos, cómo habría conducido mis pensamientos.

Fedro

Condúcelos al menos hasta el umbral del edificio que no has construido.

Sócrates

Me basta con proseguir esa especie de razonamiento de ensoñación que te hacía hace un momento.

Hemos dicho — o poco más o menos dicho — que todas las cosas visibles proceden de tres modos de generación, o de producción que, por lo demás, se mezclan y se penetran... Las unas hacen aparecer principalmente el azar, como se ve por los escombros de una roca, o por un paisaje, no elegido, poblado de plantas que crecen aquí y allá. Las otras — como la planta misma, o el animal, o el trozo de sal, cuyas facetas purpúreas se aglutinan misteriosamente — dan a concebir un crecimiento simultáneo, seguro y ciego, en una duración en la que parecen contenidos en potencia. Se diría que lo que esas cosas serán aguarda lo que fueron; y también que aumentan en armonía con las demás cosas circundantes... Están, en fin, las obras del hombre, que atraviesan, en cierto modo, esa naturaleza y ese azar; utilizándolos, pero violándolos, y siendo violados por ellos según lo que hemos dicho hace un momento.

Ahora bien, el árbol no construye sus ramas ni sus hojas; ni el gallo su pico y sus plumas. Pero el árbol y todas sus partes; y el gallo, y todas las suyas, son contruidos por los principios mismos, no separados de la construcción. Lo que hace, lo que es hecho, son indivisibles; y así ocurre con todos los cuerpos vivos, o casi vivos, como los cristales. No son actos los que los engendran; y no puede explicarse su generación por ninguna combinación de actos, pues los actos suponen ya a los vivos.

No puede decirse tampoco que sean espontáneos — esa palabra es un simple reconocimiento de impotencia...

Sabemos, por lo demás, que mil cosas son necesarias en la vecindad de esos seres para que existan. Dependen de todas las cosas, aunque la acción de todas las cosas parece, por sí sola, incapaz de crearlos.

Pero en cuanto a los objetos hechos por el hombre, son debidos a los actos de un pensamiento.

Los principios están separados de la construcción, y como impuestos a la materia por un tirano ajeno que se los comunica mediante actos. La naturaleza, en su trabajo, no distingue los detalles del conjunto; sino que empuja al mismo tiempo por todas partes, encadenándose a sí misma, sin ensayos, sin retrocesos, sin modelos, sin apunta particular, sin reservas; no divide un proyecto de su ejecución; no va nunca directamente y sin atención a los obstáculos; sino que se compone con ellos, los mezcla a su movimiento, los rodea o los emplea; como si el camino que toma, la cosa que toma ese camino, el tiempo gastado en recorrerlo, las dificultades mismas que opone, fueran de una misma sustancia. Si un hombre agita su brazo, se distingue ese brazo de su gesto, y se concibe entre el gesto y el brazo una relación puramente posible. Pero del lado de la naturaleza, ese gesto del brazo y el brazo mismo no pueden separarse...

Fedro

¿El construir sería, pues, crear por principios separados?

Sócrates

Sí, lo propio del hombre es crear en dos tiempos de los cuales el uno transcurre en el dominio del puro posible, en el seno de la sustancia sutil que puede imitar todas las cosas y combinarlas al infinito entre sí. El otro tiempo es el de la naturaleza. Contiene de cierto modo al primero, y de otro modo está contenido en él. Nuestros actos participan de los dos. El proyecto está bien separado del acto, y el acto, del resultado.

Fedro

¿Pero cómo puede concebirse la separación, y cómo encontrar los principios?

Sócrates

No son siempre tan distintos como lo he dicho. Y además, no todos los hombres los distinguen igualmente. Pero una reflexión muy simple y muy primitiva basta para dar idea de ellos. El hombre discierne tres grandes cosas en el Todo: encuentra en él su cuerpo, encuentra en él su alma; y está el resto del mundo. Entre esas cosas, se produce un comercio incesante, y a veces incluso una confusión; pero nunca transcurre un cierto tiempo sin que esas tres cosas no se distingan la una de la otra con nitidez. Se diría que su mezcla no es duradera, y que esa división debe necesariamente despertar de cuando en cuando.

Fedro

El que duerme toma a veces su pierna por una piedra, y su reposo por un movimiento. Toma su deseo por una luz; el ruido de su sangre por una voz misteriosa; la sensación de su propio rostro rozado por una mosca se le aparece como un rostro aterrador que lo perseguiría... Pero en efecto, nada de eso puede durar. Se despierta, rechazando el pasado lejos de su cuerpo, reservándolo a su alma; divide de nuevo todas las cosas y se reconstruye según sus principios.

Sócrates

Es razonable, pues, pensar que las creaciones del hombre están hechas, o bien para su cuerpo, y ese es el principio que se llama utilidad, o bien para su alma, y eso es lo que busca bajo el nombre de belleza. Pero, por otro lado, quien construye o crea, teniendo que habérselas con el resto del mundo y con el movimiento de la naturaleza, que tienden perpetuamente a disolver, corromper o derribar lo que hace, debe reconocer un tercer principio, que intenta comunicar a sus obras, y que expresa la resistencia que quiere que opongan a su destino de perecer. Busca, pues, la solidez o la duración.

Fedro

He ahí bien los grandes rasgos de una obra completa.

Sócrates

Solo la arquitectura los exige, y los lleva al punto más alto.

Fedro

La considero el más completo de los artes.

Sócrates

Así pues, el cuerpo nos obliga a desear lo que es útil o simplemente cómodo; y el alma nos pide lo bello; pero el resto del mundo, y sus leyes como sus azares, nos obliga a considerar en toda obra la cuestión de su solidez.

Fedro

Pero esos principios, tan distintos en la expresión que les das, ¿no están acaso, en la práctica, siempre mezclados? A veces me parecía que una impresión de belleza nacía de la exactitud; y que cierta voluptuosidad era engendrada por la conformidad casi milagrosa de un objeto con la función que ha de cumplir. Ocurre que la perfección de esa aptitud suscita en nuestras almas el sentimiento de un parentesco entre lo bello y lo necesario; y que la facilidad, o la sencillez finales del resultado, comparadas con la complicación del problema, nos inspiran no sé qué entusiasmo. La elegancia inesperada nos embriaga. Nada, en esas felices fabricaciones, nada figura que no sea útil: no retienen ya nada que no sea únicamente deducido de las exigencias del efecto a obtener; pero se siente que hacía falta casi un dios para una deducción tan pura. Hay herramientas admirables, extrañamente claras, y nítidas como huesos; y, como ellos, que aguardan actos o fuerzas, y nada más.

Sócrates

Se hacen solos, en cierto modo; el uso secular ha encontrado necesariamente la mejor forma. La práctica innumerable alcanza un día el ideal, y en él se detiene. Los miles de ensayos de miles de hombres convergen lentamente hacia la figura más económica y segura: alcanzada esta, todo el mundo la imita; y los millones de esas réplicas responden para siempre a las miríadas de tanteos anteriores, y los recubren. Eso se ve incluso en el arte caprichoso de

los poetas, y no solo en el material del carretero y del orfebre... ¿Quién sabe incluso, Fedro, si el esfuerzo de los humanos en la búsqueda de Dios; las prácticas, las plegarias ensayadas, la voluntad obstinada de encontrar las más eficaces... ¿Quién sabe si los mortales, con el tiempo, no encontrarán una certeza — o una incertidumbre, estable, y conforme exactamente a su naturaleza —, si no a la misma del Dios?

Fedro

También hay discursos tan breves, y de los que algunos no tienen más que una palabra; pero tan llenos, y que en su nítida energía responden a todo tan profundamente, que parecen concentrar años de discusiones internas y de eliminaciones secretas; son indivisibles y decisivos como actos soberanos. ¡Los hombres vivirán mucho tiempo de esas pocas palabras!... ¿Y los geómetras? ¿Crees que no hay en ellos una búsqueda singular, y ejemplos maravillosos de esa especie rigurosa de belleza?

Sócrates

¡Pero es lo que tienen de más precioso! — Cada fin particular que persiguen, lo alcanzan por el acercamiento de las verdades más generales; las cuales, parecen, al principio, reunir y componer sin segunda intención. Disimulan su designio, ocultan su apunta real. No se ve al principio adónde quieren llegar... ¿Por qué trazar esa línea? ¿Por qué recordarnos esa proposición?... ¿Por qué hacer esto y no aquello? — Ya no se habla del problema que estaba en juego. Se diría que lo han olvidado, y que se pierden en el alejamiento dialéctico... Pero, de repente, hacen una simple observación. El pájaro cae del cielo, la presa está a sus pies y aún nos preguntamos qué pretenden hacer, cuando ya nos miran sonriendo.

Fedro

Con desdén.

Sócrates

Esos artistas no tienen razón alguna para ser modestos. Han encontrado el medio de mezclar inextricablemente la necesidad y los artificios. Inventan piruetas y prestigios, que son como la juglería de la razón. La mayor libertad nace del mayor rigor. Pero en cuanto a su secreto, es bastante conocido. Substituyen a la naturaleza, contra la que se afanan los demás artistas, una naturaleza más o menos extraída de la primera, pero de la que todas las formas y los seres son al fin solo actos del espíritu; actos bien determinados y conservados por sus nombres. De esa manera esencial, construyen mundos perfectos en sí mismos, que a veces se alejan tanto del nuestro que son inconcebibles; y a veces se aproximan hasta coincidir en parte con lo real.

Fedro

Y ocurre que el extremo de la especulación da a veces armas a la práctica...

Sócrates

Esa extensión de sus poderes es el triunfo mismo de ese modo de construir del que te hablaba.

Fedro

¿Por principios separados?

Sócrates

Por principios separados.

Fedro

Veo bien esos principios y esa separación en las cosas especulativas; pero ¿lo real se presta también bien a esas distinciones?

Sócrates

No tan fácilmente. Todo lo que es sensible existe, en cierto modo, de varias maneras. Todo lo que es real pertenece a una infinidad de consecuencias, cumple mil funciones; arrastra consigo muchos más rasgos y consecuencias de los que el acto de un pensamiento puede

abarcas. Pero en ciertos casos, y durante cierto tiempo, el hombre se somete esa realidad tan múltiple y triunfa de ella en alguna medida.

Fedro

He oído las mismas cosas en el Pireo. Una boca muy salada mantenía propósitos no muy distintos de estos. Decía crudamente que había que ingeniárselas con la naturaleza; y, según la circunstancia, imitarla para doblegarla, oponerla a sí misma, y arrebatarse los secretos que se volvieran contra su misterio.

Sócrates

¿Conociste, pues, una cantidad de Eupalinos?

Fedro

Soy naturalmente curioso de la gente de oficio. Busco ávidamente a las personas cuyas ideas y cuyos actos se interrogan y se responden con nitidez. Mi sabio del Pireo era un fenicio de una extraña multiplicidad. Fue primero esclavo, en Sicilia. De esclavo, se convirtió misteriosamente en patrón de una barca; y de marino, se hizo maestro calafate. Harto de carenar, y dejando los cascos viejos por los nuevos, se instituyó constructor de navíos. Su mujer tenía una taberna a pocos pasos de su astillero. No he visto mortal más variado en sus medios, más instruido en estratagemas; más curioso de todo lo que no le atañía, más hábil para servirse de ello en las cosas que le concernían... Encaraba todos los asuntos bajo el único aspecto de la práctica y de los procedimientos. Incluso el vicio y la virtud eran para él ocupaciones que tienen sus tiempos y sus elegancias particulares, y que se ejercen según la ocasión. «A veces, decía, se pone rumbo al largo, y a veces se va al más cerca. ¡Lo esencial es navegar con propiedad!»

Pienso bien que habrá salvado a algunos hombres en sucesos de mar, y asesinado a algunos otros a causa de esas dificultades que nacen en los lupanares, o en negociaciones laboriosas entre piratas. ¡Pero todo ello, bien ejecutado!

Sócrates

¡Mucho me temo que su sombra esté del lado de Ixión!

Fedro

¡Bah! Ya se habrá arreglado... Nunca perdió la cabeza. Se repetía a cada momento: ¡Aguanta! ¡Aguanta!... ¡Qué buen hombre era!... Nunca un pesar, nunca un reproche, nunca un remordimiento, nunca un deseo... ¡Pero todo acto, y al contado!

Sócrates

¿Qué viene a hacer esa canalla en nuestro análisis?

Fedro

¡Ya verás qué golpe de mano nos va a dar el querido hombre! Sabe, pues, delectable Sócrates, que estaba dotado de los oídos más finos y más profundos que jamás cráneo alguno haya poseído. Todo lo que penetraba en esos laberintos enmarañados era presa de un monstruo singularmente ávido. La bestia que se abrigaba en esa fuerte concha se engordaba de todas las cosas precisas. ¡No sé cuántos lenguajes, cuántas recetas, había digerido! ¡Cuántas sabidurías variadas había cambiado en una sustancia escogida! ¡Había chupado tantos otros cerebros! ¡Me lo imaginaba rodeado de los despojos y de las conchas vacías de mil espíritus agotados!

Sócrates

¡Pero me pintas un pulpo!

Fedro

¿Pero un pulpo que interroga las aguas pobladas, elige, salta, blandiendo sus látigos en el espesor del oleaje, y que vertiginosamente se apodera de lo que le conviene, no es un viviente cien veces más vivo que la esponja inmóvil? ¡Cuántas esponjas conocimos, pegadas para siempre bajo un pórtico de Atenas, absorbiendo y restituyendo sin esfuerzo todas las opiniones fluctuantes a su alrededor; esponjas de palabras bañadas, imbuidas indiferentemente de Sócrates, de Anaxágoras, de Mérito, del último

que habló!... ¡Las esponjas y los tontos tienen esto en común: que se adhieren, oh Sócrates!

Pero en cuanto a mi hijo del mar, niño muy curioso de la retumbante ramera que llama eternamente a los hombres, se había apropiado y asimilado lo que era mejor para sí mismo. Salido de aventuras asombrosas, y de pescas verdaderamente milagrosas; pálido, ennegrecido, dorado sucesivamente por los climas; habiendo observado con sus propios ojos los meteoros que casi nunca se encuentran; enredado con los peces más sutiles; seducido a los mercaderes más duros, embaucado a los más infieles, y regateado, aquí y allá, en cuanto al salario — a dar, o... a recibir —, con no pocas amargas prostitutas, — ese hombre, ¿lo creerías?, cuando volvía de los peligros, iba, rehaciéndose de las más bajas disipaciones, a conversar con los hombres sabios, los sabios y los doctos que había aprendido a reverenciar.

Sócrates

¿Y dónde lo había aprendido?

Fedro

En el mar. Allí, cuando estás perdido lejos de tierras, siendo el navío como un ciego abandonado en el tejado de una casa, ocurre que el consejo dado por uno de esos sabios te es la señal de salvación. Una palabra de Pitágoras, un precepto y un número que se retuvo de Tales, si de repente aparece algún planeta, y si la sangre fría no te ha abandonado, te conducen de vuelta a la vida.

Sócrates

Pero ¿tú mismo, adónde me conduces?

Fedro

Quería guiarte a los edificios de madera que construía el fenicio. Era preciso pintar al hombre, primero... Si lo hubieras visto, una sola vez, con sus ojos bordeados de rojo, y parecidos a los fondos cobrizos del mar ardiente sobre los que se encuentra el pez verde que es peligroso comer!... Pero hablábamos, querido Sócrates, del

matrimonio de la práctica con la teoría. Pensaba hacerte sentir hasta qué punto las vicisitudes de su vida, las lecciones que ella le había vendido, las que había tomado de los sabios, se combinaban en su espíritu. Ese audaz fenicio no cesaba de considerar en su alma el problema de la navegación. En sí mismo, agitaba incesantemente el Océano. ¿Qué puede oponer el hombre a ese universo inconstante, trabajado de lejos por los astros, recorrido por oleajes y montañas transparentes, incierto en sus orillas, desconocido en sus profundidades; origen de todo lo que vive, pero tumba impenetrable a los movimientos de cuna, y recubierta de luz? — Su demonio industrioso lo empujaba a querer hacer los mejores navíos que jamás hubieran entallado las olas con su tailloir. Y mientras sus émulos se limitaban a imitar los modelos en uso; de copia en copia, seguían reconstruyendo la nave de Ulises, sino incluso el arco inmemorial de Jasón, él, Tridón el Sidonio, sin cesar ahondando en las partes inexploradas de su arte, rompiendo los ensamblados de ideas petrificadas, reemprendiendo las cosas desde su fuente...

Sócrates

La mayoría, querido Fedro, razonan sobre nociones que, no solo son «ya hechas», sino que nadie ha hecho. Nadie es responsable de ellas, y por lo tanto sirven mal a todo el mundo.

Fedro

Pero él, te digo, se había hecho claridades del todo personales...

Sócrates

Esas son las únicas que pueden ser universales...

Fedro

Imaginaba apasionadamente las naturalezas de los vientos y de las aguas, la movilidad y la resistencia de esos fluidos. Meditaba la generación de las tempestades y de las calmas; la circulación de las corrientes tibias, y de esos ríos inmiscibles, que fluyen, misteriosamente puros, entre paredes sombrías de agua salada; consideraba los caprichos y los arrepentimientos de las brisas, las

incertidumbres de los fondos y de los pasos, y de los traidores estuarios...

Sócrates

¡Por Dios! ¿Cómo hacía de todo eso un navío?

Fedro

Creía que un navío debe ser, en cierto modo, creado por el conocimiento del mar, ¡y casi moldeado por la propia ola!... Pero ese conocimiento consiste, en realidad, en reemplazar el mar, en nuestros razonamientos, por las acciones que ejerce sobre un cuerpo — de tal suerte que se trate para nosotros de encontrar las demás acciones que se oponen a estas, y que ya no tengamos más que hacer con un equilibrio de poderes, unos y otros tomados de la naturaleza, donde no se combatían útilmente. Pero nuestros poderes, en esta materia, se reducen a disponer de formas y de fuerzas. Tridón me decía que imaginaba su navío suspendido del brazo de una gran balanza, cuyo otro brazo sostenía una masa de agua... — Pero no sé bien qué quería decir con eso... Pero además, el mar agitado no se contenta con ese equilibrio. Todo se complica con el movimiento. Buscaba, pues, cuál sea la forma de un casco, cuya carena permanezca poco más o menos la misma, ya se balancee el navío de un lado al otro — o ya danzara, de otro modo, alrededor de algún centro... Trazaba extrañas figuras que le hacían visibles, a él, las secretas propiedades de su flotador; pero yo no reconocía en ellas nada de un navío.

Y otras veces estudiaba la marcha y las velas; esperando y desesperando de imitar la perfección de los peces más rápidos. Los que nadan fácilmente en superficie, y se juegan en la espuma entre dos zambullidas, le interesaban entre todos. Hablaba, con la abundancia de un poeta, de los atunes y los delfines, en medio de cuyos saltos y libertades había vivido tanto tiempo. Cantaba sus grandes cuerpos pulidos como armas; sus hocicos como aplastados por la masa del agua opuesta a su marcha; sus aletas y sus nadaderas, rígidas como el hierro, y cortantes como él, pero

sensibles a sus pensamientos de peces, y gobernando hacia sus destinos, según sus caprichos; y luego, isu viviente maestría en medio de las tempestades! Se habría dicho que sentía por sí mismo, sus formas favorables conducir, desde la cabeza hacia la cola, por el camino más rápido, las aguas que se encuentran ante ellos, y que se trata, para avanzar, de volver a poner detrás de sí... Es una cosa admirable, oh Sócrates, que por una parte, si ningún obstáculo impide tu carrera, la carrera es del todo imposible; todos los esfuerzos que engendras se destruyen unos a otros, y no puedes empujar de un lado, sin repeler te del otro, con igual potencia. Pero, por otro lado, el obstáculo necesario siendo realizado, trabaja contra ti; bebe tus fatigas, y te concede parsimoniosamente el espacio en el tiempo. Es aquí donde la elección de una forma es el acto delicado del artista: pues es a la forma a quien corresponde tomar del obstáculo lo que le hace falta para avanzar, pero no tomar más que lo que impide menos al móvil.

Sócrates

¿Pero no puede copiarse al delfín, o al atún ellos mismos, y pillarse directamente a la naturaleza?

Fedro

Lo creía yo ingenuamente. Tridón me sacó del error.

Sócrates

¿Pero un delfín no es una especie de navío?

Fedro

Todo cambia con el tamaño. La forma no sigue el crecimiento tan simplemente; y ni la solidez de los materiales ni los órganos de dirección lo soportarían. Si una cualidad de la cosa crece según la razón aritmética, las demás crecen de otro modo.

Sócrates

¿Hizo Tridón al menos algo bueno?

Fedro

Algunas maravillas en el mar. Otras, sin duda, están en el fondo, y aguardan, acorazadas de mejillones, a que el mar se seque.

Pero vi hacerse a la mar a la más pura de sus hijas, la fina Fraternidad de formas fugitivas, el atardecer en que partió para su primer viaje. Su mejilla escarlata recibía todos los besos que saltan del camino; los triángulos bien tensos de sus velas plenas y duras apoyaban su cadera en la ola...

Sócrates

¡Oh Vida!... Y para mí, las velas negras y blandas del navío cargado de sacerdotes, que regresaba penosamente de Delos, arrastrándose sobre sus remos...

Fedro

¡Qué mal soportas revivir tu hermosa vida!

Sócrates

Fedro, mi pálido Fedro, Sombra hermana de mi Sombra, bien lo siento que mis pesares serían infinitos si tuvieran alguna sustancia que trabajar, y si no faltara la carne a su ejercicio. ¡Comienzan a encarnizarse, y no acaban! ¡Se dibujan, pero no pueden colorearse!... ¿Hay algo más vano que la sombra de un sabio?

Fedro

Un sabio mismo.

Sócrates

¡Ay! Un sabio mismo, que no deja tras de sí más que el personaje de un parlanchín, y diversas palabras inmortalmente abandonadas... ¿Qué he hecho, pues, sino dar a creer al resto de los humanos que sabía bastante más que ellos mismos sobre las cosas más dudosas? — Y el secreto de hacerlo creer consiste en una muerte tan bien conducida, adornada de tanta injusticia, y de tantas amistades circundada, que oscurece el sol, y desconcierta a la naturaleza. ¿Qué hay más temible que hacer de ella una especie de obra maestra?... La vida no puede defenderse contra esas inmortales agonías.

Imagina invenciblemente, la ingenua, que lo más bello de la tragedia comienza después de la última palabra del último verso... ¡Las miradas más profundas del hombre son para el vacío. Convergen más allá del Todo!

¡Ay! ¡Ay! Usé de una verdad y de una sinceridad bien más embusteras que los mitos, y que las palabras inspiradas. Enseñaba lo que inventaba... Hacía hijos en las almas seducidas, y los traía hábilmente al mundo.

Fedro

Eres duro con todos nosotros.

Sócrates

Si no me hubierais escuchado, mi orgullo habría buscado de alguna otra manera someterme vuestros pensamientos... Habría construido, cantado... ¡Oh pensativa pérdida de mis días! ¡Qué artista he hecho perecer!... ¡Qué cosas he desdeñado, pero qué cosas engendrado!... ¡Me siento contra mí mismo el Juez de mis Infiernos espirituales! Mientras la facilidad de mis famosos propósitos me persigue y me aflige, he aquí que suscito por Euménides mis acciones que no tuvieron lugar, mis obras que no nacieron — crímenes vagos y enormes esas ausencias clamantes; y asesinatos, cuyas víctimas son cosas imperecederas...

Fedro

Consuélate... ¡Los echarías mucho más de menos si los hubieras engendrado! ¡Nada parece tan bello, y nada nos remuerda tan amargamente como las ocasiones perdidas! Pero si las dejamos perder, ¿no es porque no podíamos asirlas sin perturbar todo el curso del mundo?

Sócrates

¡Es bien eso lo que queríamos!... ¿Qué alma vacilaría en trastornar el universo para ser un poco más ella misma? Bien sabes que no consentimos al resto de las cosas más que el derecho de convenirles. — ¡Queremos muy exactamente que los Cielos

innumerables, y que la tierra, y que el mar, y que las ciudades; y que los hombres también, y las mujeres particularmente; y sus almas, y sus fuerzas, y sus gracias; y que los animales como las plantas; — y hasta queremos ingenuamente que los Dioses, — no sean todos juntos, y cada uno según su belleza que se adapta a nuestro deseo, o según su poder que aporta a nuestra flaqueza — no sean, pues, más que el alimento, los ornamentos, los condimentos, los apoyos, los recursos, las luces, los esclavos, los tesoros, las murallas y los deleites de nuestro solo individuo! ¡Como si nuestra sola llama, y esa duración absoluta tan breve, que es la suya, valiera consumir todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será, para que arroje el destello único, y una vez aparecido, de todo goce y de todo saber, relativamente al ser mismo que anima y devora!... ¡Creemos que todas las cosas, y toda la opulencia del Tiempo, no son más que un bocado para nuestra boca, y no podemos pensar lo contrario!

Fedro

¡Me deslumbras y me consterna!

Sócrates

¡No sabes lo que veo ahora que hubiera podido hacer!

Fedro

Confieso que esa sombra de desesperación que manifiestas, y esos intentos de remordimiento que parecen disputarse tu apariencia, hacen de mí mismo un fantasma del estupor. ¡Si los demás te oyeran!

Sócrates

¿Crees que no me comprenderían?

Fedro

Casi todo el mundo aquí está bastante envanecido de su vida pasada. Los mismos malvados hacen alarde de su abominable gloria. Nadie quiere reconocer haberse equivocado; y tú Sócrates, cuyo nombre tan puro impone todavía a las larvas envidiosas, ¿les harías

esas tristes confiancias, y les pedirías su conmiseración y su desprecio?

Sócrates

¿No sería eso continuar siendo Sócrates?

Fedro

No hay que querer empezar de nuevo... No se triunfa dos veces...

Sócrates

No seas más amargo.

Fedro

Te confieso que tus palabras han picado un poco mi amistad. Bien comprendes que si tú mismo te rebajas, y si tú desmereces a Sócrates, Fedro que se le ha entregado tan piadosamente, Fedro se ve reducido al extremo de la necedad, y de la más ciega simplicidad.

Sócrates

¡Ay! ¡Es nuestro estado! Pero intento sacar algo de él. ¿No crees que debemos ahora emplear ese inmenso ocio que la muerte nos abandona, en juzgarnos a nosotros mismos, y en rejuzgarlos incansablemente, retomando, corrigiendo, ensayando otras respuestas a los sucesos que han ocurrido; y buscando, en suma, defendernos de la inexistencia mediante ilusiones, como hacen los vivos con su existencia?

Fedro

¿Qué quieres, pues, pintar sobre la nada?

Sócrates

El Anti-Sócrates.

Fedro

Me imagino más de uno. Hay varios contrarios a Sócrates.

Sócrates

Será, pues... el constructor.

Fedro

Bien. El Anti-Fedro lo escucha.

Sócrates

Oh muerte coeterno, amigo sin defectos, y diamante de sinceridad, escucha:

No fue útilmente, temo, buscar a ese Dios que he intentado descubrir toda mi vida, el perseguirlo a través de los solos pensamientos; el pedirlo al sentimiento muy variable, y muy innoble, de lo justo y lo injusto, y el apremiarle a rendirse a la solicitud de la dialéctica más refinada. Ese Dios que así se encuentra no es más que palabra nacida de palabra, y vuelve a la palabra. Porque la respuesta que nos damos nunca es con seguridad más que la pregunta misma; y toda pregunta del espíritu al espíritu mismo, no es, y no puede ser, más que una ingenuidad. Pero, al contrario, es en los actos, y en la combinación de los actos, donde debemos encontrar el sentimiento más inmediato de la presencia de lo divino, y el mejor empleo de esa parte de nuestras fuerzas que es inútil a la vida, y que parece reservada a la búsqueda de un objeto indefinible que nos supera infinitamente.

Si, pues, el universo es el efecto de algún acto; ese acto mismo, el de un Ser; y el de una necesidad, un pensamiento, una ciencia y un poder que pertenecen a ese Ser, es solo por un acto que puedes alcanzar el gran designio, y proponerte la imitación de lo que ha hecho todas las cosas. Es eso ponerse de la manera más natural en el lugar mismo del Dios.

Ahora bien, de todos los actos, el más completo es el de construir. Una obra exige el amor, la meditación, la obediencia a tu más hermoso pensamiento, la invención de leyes por tu alma, y muchas otras cosas más que ella extrae maravillosamente de ti mismo, que no sospechaba poseerlas. Esa obra fluye de lo más íntimo de tu vida, y sin embargo no se confunde contigo. Si estuviera dotada de

pensamiento, presentiría tu existencia, que nunca conseguiría establecer ni concebir claramente. Para ella serías un Dios...

Veamos, pues, ese gran acto de construir. Observa, Fedro, que el Demiurgo, cuando se puso a hacer el mundo, se enfrentó con la confusión del Caos. Todo lo informe estaba ante él. Y no había un puñado de materia que pudiera tomar en su mano en ese abismo, que no estuviera infinitamente impura y compuesta de una infinidad de sustancias.

Se enfrentó valerosamente con esa horrible mezcla de lo seco y lo húmedo, de lo duro con lo blando, de la luz con las tinieblas, que constituía ese caos, cuyo desorden penetraba hasta las partes más pequeñas. Aclaró ese barro vagamente radiante, donde no había una partícula pura, y en quien todas las energías estaban diluidas, de tal modo que el pasado y el futuro, el accidente y la sustancia, lo duradero y lo efímero, la cercanía y la lejanía, el movimiento y el reposo, lo ligero y lo grave, se encontraban en él tan confundidos como puede estarlo el vino con el agua, cuando componen una copa. Nuestros sabios siempre buscan acercar sus espíritus a ese estado... Pero el gran Formador actuaba, al contrario. Era enemigo de las similitudes, y de esas identidades ocultas que nos encanta sorprender. Organizaba la desigualdad. Poniendo las manos en la pasta del mundo, tría sus átomos. Separó el caliente del frío, y el atardecer de la mañana; reflujo casi todo el fuego en las cavidades subterráneas, suspendió los racimos de hielo en las mismas parras de la aurora, bajo las roscas del eterno Éter. Por él, la extensión fue distinguida del movimiento, la noche lo fue del día; y en su furor de disyuntarlo todo, partió los primeros animales que acababa de dissociar de las plantas, en macho y hembra. Habiendo incluso desenredado al fin lo que era más mixto en el tumulto original — la materia con el espíritu —, izó al sumo del empíreo, a la inaccesible cima de la Historia, esas masas misteriosas, cuyo descenso ineluctable y mudo hasta el fondo último del abismo, engendra y mide el Tiempo. Expresó del fango los mares centelleantes y las aguas puras, emergiendo las montañas, y distribuyendo en

hermosas islas lo que quedaba de concreto. Así hizo todas las cosas, y, con un resto de fango, los humanos.

Pero el constructor que ahora hago aparecer, encuentra ante sí como caos y como materia primitiva, precisamente el orden del mundo que el Demiurgo sacó del desorden del principio. La Naturaleza está formada, y los elementos están separados; pero algo le ordena considerar esa obra inacabada, y que ha de ser reelaborada y puesta de nuevo en movimiento, para satisfacer más especialmente al hombre. Toma como origen de su acto, el punto mismo donde el dios se había detenido. — Al principio, se dice, estaba lo que es: las montañas y los bosques; las vetas y los filones; la arcilla roja, la rubia arena, y la piedra blanca que dará la cal. Había también los brazos musculosos de los hombres, y las potencias masivas de los búfalos y los bueyes. Pero había, por otro lado, los cofres y los graneros de los tiranos inteligentes, y de los ciudadanos desmedidamente enriquecidos por sus negocios. Y había por último pontífices que deseaban alojar a su dios; y reyes tan poderosos que ya no tenían nada que desear salvo una tumba sin par; y repúblicas que soñaban con inexpugnables murallas; y arcontes delicados, llenos de debilidades por los actores y las músicas, que ardían en deseos de hacerles construir, a expensas de las arcas del fisco, los teatros más sonoros.

Ahora bien, no debe ser que los dioses permanezcan sin techo, y las almas sin espectáculos. No debe ser que las masas de mármol permanezcan mortalmente en la tierra, constituyendo una noche sólida; y que los cedros y los cipreses se contenten con acabar por la llama o por la podredumbre, cuando pueden transformarse en vigas olorosas, y en muebles deslumbrantes. Pero hace falta aún menos que el oro de los hombres ricos perezosamente duerma su pesado sueño en las urnas y en las tinieblas del tesoro. Ese metal tan pesado, cuando se le asocia una fantasía, toma las virtudes más activas del espíritu. Tiene su naturaleza inquieta. Su esencia es huir. Se transforma en todas las cosas, sin ser él mismo transformado. Levanta los bloques de piedra, perfora los montes, desvía los ríos, abre las puertas de las fortalezas y los corazones más secretos;

encadena a los hombres; viste, desviste a las mujeres, con una prontitud que tiene algo de milagrosa. Es bien el agente más abstracto que existe después del pensamiento; pero este solo intercambia y envuelve imágenes, mientras que el oro excita y favorece la transmutación de todas las cosas reales unas en otras; él, permaneciendo incorruptible, y atravesando puro todas las manos.

El oro, los brazos, los proyectos, las sustancias variadas, todo estando en presencia, nada, sin embargo, resulta de ello.

— Aquí estoy, dice el constructor, soy el acto. Vosotros sois la materia, vosotros sois la fuerza, vosotros sois el deseo; pero estáis separados. Una industria desconocida os ha aislado y preparado según sus medios. El Demiurgo perseguía sus designios que no conciernen a sus criaturas. La recíproca debe venir. No se preocupó de las preocupaciones que debían nacer de esa misma separación que se divirtió, o bien que se aburrió de hacer. Os ha dado con qué vivir, e incluso con qué gozar de muchas cosas, pero no generalmente de aquellas que precisamente tendríais ganas.

Pero yo vengo después de él. Soy aquel que concibe lo que queréis, un poco más exactamente que vosotros mismos; consumiré vuestros tesoros con un poco más de hilo y de genio que lo que vosotros hacéis; y sin duda os costaré muy caro; pero al final todo el mundo habrá ganado en ello. Me equivocaré a veces, y veremos algunas ruinas; pero siempre se puede, y con gran provecho, mirar una obra fallida como un peldaño que nos acerca a lo más bello.

Fedro

¡Los tengo por muy dichosos que seas un arquitecto muerto!

Sócrates

¿Debo callarme, Fedro? — ¡No sabrás, pues, nunca qué templos, qué teatros hubiera concebido en el puro estilo socrático!... Iba a hacerte pensar cómo habría conducido mi obra. Desplegaba primero todas las preguntas, y desarrollaba un método sin lagunas. ¿Dónde? — ¿Para qué? — ¿Para quién? — ¿Con qué fin? — ¿De qué

grandeza? — Y circunvalando cada vez más mi espíritu, determinaba al más alto punto la operación de transformar una cantera y un bosque, en edificio, en equilibrios magníficos... ¡Y trazaba mi plano, atendiendo a la intención de los humanos que me pagan; teniendo en cuenta las localidades, las luces, las sombras y los vientos; elegido el emplazamiento según su grandeza, su exposición, sus accesos, sus lindes, y la naturaleza profunda del subsuelo...!

Luego, de materias brutas, iba a componer mis objetos todos ordenados para la vida y la alegría de la raza bermeja... Objetos muy preciosos para el cuerpo, deliciosos para el alma, y que el propio Tiempo debería encontrar tan duros y tan difíciles de digerir, que no pudiera reducirlos sino a golpes de siglos; y encima, habiéndolos revestido de una segunda belleza: un dorado suave sobre ellos, una majestad sagrada sobre ellos, y un encanto de comparaciones nacientes y de secreta ternura en torno a ellos, instituido por la duración... Pero ya no sabrás nada más. No puedes concebir más que al antiguo Sócrates, y tu sombra rutinaria...

Fedro

Fiel, Sócrates, fiel.

Sócrates

¡Entonces hay que seguirme; y si cambio, cambiar!

Fedro

¿Pero vas a revocar en la eternidad todas esas palabras que te hicieron inmortal?

Sócrates

Allá, inmortal — relativamente a los mortales... — ¡Pero aquí!... Pero no hay un aquí, y todo lo que acabamos de decir es igualmente un juego natural del silencio de estos infiernos, que la fantasía de algún rétor del otro mundo que nos ha tomado por marionetas.

Fedro

En eso consiste rigurosamente la inmortalidad.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB